



**EL AÑO
EN QUE MURIO MI MADRE**

Alberto de la Mota

Alberto de la Madrid

**EL AÑO EN QUE MURIO
MI MADRE**

Enero

La nieve caía blanda sobre nuestra parcela, blanda, despacio, asombrosa lentitud de eternidad; y la miraba caer, lenta, intemporal, cubriendo la tierra. Y pensaba en otros inviernos olvidados; pensaba en mi padre y sus preocupaciones absurdas, en mi madre que se va a morir dentro de unas pocas semanas, en este estúpido negocio de la vida que uno no sabe por donde coger. Mortaja, alegría, blancura, ¿dónde estás, vida? Mierda de dinero. “Leche de egoísmo, ¿ya os pensáis repartir el dinero?” Eso dijo mi padre mientras la nieve caía blanda más allá enterrando la grama y poniendo a prueba la elasticidad de las ramas de un ligustro que crece frente a la ventana. Es Año Nuevo. Fuimos a dar un paseo. Era alegría de niño pisar la nieve allá por los campos de cebada y los barbechos. Nunca vimos tanta alrededor de casa,

un palmo y medio de nieve había transformado el campo en un paisaje estepario lleno de sugerencias. Un cielo pesado, triste, como de campo de batalla sobre una estepa inhóspita, cubría las lomas blancas sobre las que despuntaban unos pocos almendros. Casi daba pena pisar ese suelo algodonoso. Nos acompañaban los tres mastines del vecino, nos siguieron hasta los primeros almendros y después se dieron la vuelta. Victoria no tardó en preguntarme por mi padre. Le conté lo que había sucedido, pero no pude ser imparcial todavía, la indignación estaba caliente y mis palabras fueron duras; tampoco sé si las iré a encontrar más suaves en el futuro. Mi padre se ha convertido definitivamente en un extraño para mí. Es duro aceptarlo, pero esta tarde deseo ardientemente que se vaya de mi casa, no le quiero ni junto a mí ni junto a mi madre. Me parece ruin y mísera su actitud. Pisar la nieve no aquieta mi ánimo. Dejamos a mi madre haciendo calceta frente a los ventanales de la biblioteca. Los últimos días vive desde la mañana a la noche sólo para su labor de punto, ajena ya a una gran parte de lo que sucede a su alrededor, teje y teje sin parar, incansable, absorba siempre su vista en las puntas de las dos agujas. Continúa con el jersey que me empezó en los primeros días de hospital, pero frecuentemente debe volver atrás y rehacer el trabajo porque en medio de la labor aparecen inexplicables agujeros. Observa con los ojos entornados y el ceño fruncido aquellas irregularidades, su expre-

sión dice: no lo entiendo, después menea la cabeza a uno y otro lado, se ensimisma ante aquel jeroglífico inexplicable; al cabo termina rehaciendo un palmo de delantero. La observo de lejos, sigo los pormenores de este trabajo de Sísifo. ¿Qué sucederá cuando tampoco sea capaz de hacer punto? Pierde facultades día a día, muchas veces apenas se le entiende lo que dice, ¿cómo será ese sufrimiento cuando se dé cuenta de que no puede realizar una labor tan simple, algo que hizo maquinalmente durante toda su vida? Me hago esta pregunta mirando el cielo triste de esta tarde de nieve. Antes de salir le enseñé la nieve y le propuse dar un corto paseo junto al porche, pero ella dijo: ¡quita! ¡quita! , habló de una manera que no admitía réplica. Metida en su jersey no pareció oír los gritos que daba mi padre cuando le dije que íbamos a necesitar una importante cantidad de dinero para atender a mi madre y que no iba a permitir que anduviera regateando cada peseta como lo estaba haciendo hasta ahora. Y volvimos a hablar de él, de mi padre, siempre omnipresente tema de conversación entre nosotros desde hacía varias semanas. Se ha atrevido a decirme que si es que acaso ya nos queríamos quedar con su dinero antes de morirse mi madre. Él que vive apegado al dinero como un miserable imbécil, él que no se mueve nunca para echar una mano, que continuamente solicita los servicios de nuestros hijos, que apenas se ocupa de mi madre y que ha organizado el mundo a su alrededor de mane-

ra que todas sus necesidades vayan siendo satisfechas a cada momento. Esta tarde soy incapaz de ser medurado con él. Nunca hubiera pensado que esa ta-cañería enfermiza que tiene pudiera llegar a esos extremos, nunca imaginé que pudiera levantar la voz del modo que lo hizo. Viejo, viejo mísero. La nieve, la blanca nieve, la que cae como un sudario sobre el campo, la que cubre las montañas, la que se sube a mi ánimo con un halo de nostalgia. ¡Qué tristeza la de esta tarde, la de esta nieve que cubre el paisaje de los alrededores de mi casa! Los almendros del cerro alto, un promontorio que se alza al oeste por donde se esconde el sol de todo el año, yacen como penitentes sorprendidos por este inesperado manto blanco. Calor de hogar, nunca hubo calor de hogar en casa de mis padres, al menos ese que yo imaginé durante tanto tiempo según me fui haciendo padre, una, dos, tres veces, ese que soñé con ilusión de niño. Ellos nunca me entendieron pero yo tampoco hice especiales esfuerzos nunca, huí pronto de casa, tan pronto como pude. Ahora se me partía el alma pensando en esa relación que jamás pude tener con ellos, ya pasó el tiempo, el futuro se derrumbó de pronto y quedó convertido en un grito sin esperanza; mi madre camina hacia la nada acompañada casi exclusivamente por esa obsesión de tejer hora tras hora, ya apenas llega a pronunciar el nombre de su hijo. La nieve ha borrado los caminos y sólo queda la referencia de unos grupos de almendros y una larga hile-

ra de olmos delante de nosotros. Con la nieve hasta los tobillos atravesamos la curva de un valle, remontamos una larga ladera que se aproxima al cercano pinar de los Frailes, nos internamos en el pinar, la nieve dobla las ramas. Esa alegría infantil que trae la nieve parece que se hubiera transformado hoy en pena sin remedio, tengo entre ceja y ceja a mi padre, “leche de egoísmo, ¿ya os pensáis repartir el dinero tu y tus hermanos?” Vuelven esas palabras a mi memoria, eso dijo mi padre mientras la nieve caía blanda más allá enterrando la grama y poniendo a prueba la elasticidad de las ramas de un ligustro que crece frente a la ventana. Sopeso la posibilidad de que me hubiera equivocado con mi padre, que no hubiera pensado suficientemente en todas las circunstancias, la soledad, la vejez, el miedo; quizás no haya tenido en cuenta que las personas cambian con la edad, que los viejos desarrollan defensas, que debe haber una psicología del anciano igual que existe una psicología infantil. Me pregunto como será para él la cercanía de la muerte, la carencia de motivaciones consistentes, la grisura de la vida cotidiana que lleva, la inmensidad de ese ocio sin contenido con que se encuentran tantos viejos. Y además, ahora, por añadidura, pendida como una amenaza inevitable, la soledad, el silencio de la casa cuando muera mi madre y él se vea obligado a vivir solo, únicamente el ruido del televisor como compañía. Junto al drama de experimentar día a día la degradación física en la que

entra mi madre, se suma ahora la extrema confusión en que me deja la abrupta discusión con mi padre.

Una mañana había sonado el teléfono temprano. Mi padre hablaba confusamente desde el otro lado,

—Oye, mira, tu madre está en la cama desde ayer al mediodía —decía—. No quiere levantarse a comer, la veo muy rara.

Le reproché que hubiera esperado casi veinticuatro horas para llamarme. Después le pregunté si habían discutido, no sería la primera vez que mi madre se refugiaba en la cama cuando se trataba de huir de la presencia de mi padre. La respuesta fue negativa:

—No, no sé —le oí decir. Contestaba con la voz de las circunstancias, esa voz compungida y débil que se le pone cuando no sabe muy bien qué decir. Mi padre puede contarme cualquier cosa, es su hábito decir en cada momento lo que le parece más conveniente; adivinar la verdad de lo sucedido iba a ser difícil si me atenía a sus palabras. En cualquier modo esa voz floja tenía un timbre que no me gustaba, me ponía en guardia, era la de alguien que no se atreve a confesar la realidad de una situación embarazosa.

Es domingo mediodía, el teléfono nos ha sacado de la cama. Ahora está por delante la solitaria carretera de Toledo, el cielo plano y sin nubes, las suaves ondulaciones de los sembrados. Voy atando cabos, busco interpretar las palabras de mi padre; los pequeños detalles de su voz, su manera entrecortada de hablar, me confirman mi primera impresión. Desde hacía un mes encontrábamos muy dócil a mi madre, excesivamente dócil para su temperamento; había empezado a confundir palabras del vocabulario corriente, algunos días llegó a olvidar incluso los nombres de los nietos; cómo se llama esto, empezaba a decir en ocasiones indicando objetos comunes de la casa. Fueron al médico, pero éste no le dio ninguna importancia; después de insistir se limitó a extenderles un volante para la consulta del neurólogo; consiguieron cita para cuatro meses más tarde. Además estaba el tema del asma, ese penoso ahogo que le entraba cada poco y que la dejaba al borde de la extenuación, el esfuerzo para abrirse paso el oxígeno en sus pulmones era cada vez más agobiante. Por primera vez sube a mi conciencia la proximidad de la muerte de mi madre, me hostiga la duda, la misteriosa confusión mental de las últimas semanas viene y va obsesivamente por mi pensamiento.

—¿Qué te parece esto? —le pregunto a Victoria.

Recuerdo momentos agradables junto a mi madre, pero no muchos; no puedo evitar un senti-

miento de frustración, me entristece la vida gris y absurda que han llevado, las riñas continuas entre ellos, su encerramiento en cuatro cosas. Miro el paisaje, me gusta, cualquier época es buena para contemplar estos campos entre Esquivias y Seseña; el verde de los pinos se mezcla con los grises y los pardos de la tierra labrada, forman unas bonitas combinaciones de colores con el castillo medieval al fondo. He fotografiado muchas veces este paisaje, me recuerdan los cuadros de Benjamín Palencia. Por aquí rodaron también *La caza*, de Carlos Saura.

La furgoneta atraviesa el pueblo y dobla en su final por una calle de chalet adosados. Mi padre nos recibe en la puerta, de su boca sólo brotan palabras aturulladas e incoherentes. Subo precipitadamente la escalera, la madera cruje, siento un miedo desconocido en la cercanía de la habitación de mi madre. Recuerdo fugazmente cómo el año anterior mi madre rodó por las escaleras sin que mi padre tomara siquiera la iniciativa de llevarla al médico. El corte que se hizo en la pierna ha tardado medio año en cicatrizar, pudo quedar coja; pero no le dio importancia, esperó todavía dos días, decían que en el pueblo no había taxis, que si llamaba al médico no iba a venir, ese tipo de argumentos usaban los dos.

La habitación está oscura, es un espacio cuadrado de un gusto dudoso y recargado, la cama ocupa el centro. Intento una broma acercándome a mi

madre, pero no hay respuesta alguna, ningún movimiento, su cuerpo yace oculto entre las mantas. Mis bromas no tienen sentido. Aunque su respiración es forzada, lo que más me llama la atención es su seriedad; hace algún pequeño movimiento, no está precisamente dormida, sin embargo no abre los ojos, es como si se negase conscientemente a comunicarse con el mundo exterior. Trato de incorporarla sin conseguirlo, subimos la persiana, volvemos a la cama, le paso el brazo por debajo de la cabeza:

—¡Mamá!, venga, dinos algo Gorda ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? —le digo.

Ella permanece impasible, como dentro de un sueño del que no pudiera despertar. En algún momento mueve los labios pero sus palabras son ininteligibles. Al cabo de un rato se agita como delirando, su pecho empieza a moverse como un fuelle forzado al máximo rendimiento. La incorporamos un poco para facilitar su respiración. Me pregunto si mi madre no estará agonizando.

Bajo a llamar por teléfono. Cuando llega el médico la crisis asmática se ha acelerado, le inyecta algo para aliviar sus bronquios y extiende un volante para ingresarla en el hospital inmediatamente.

Enseguida surge un problema con mi padre, como el pueblo pertenece a la provincia de Toledo la ambulancia de la seguridad social necesariamente deberá trasladarla a esa ciudad. El se opone, la capacidad de decisión que dejó de emplear antes, espe-

rando casi un día para llamarme y decirme lo que pasaba, la derrocha ahora para oponerse enérgicamente a que sea trasladada a un hospital de Toledo; dice que está muy lejos y que él no podrá ir hasta allí todos los días a verla. Ese es el grueso de su argumentación durante un buen rato, no atiende a razones, tampoco parece entender la urgencia de la situación; tú no sabes dice. Estoy a punto de perder la paciencia con él pero después de consultarlo por teléfono con mi hermana y con Victoria decidimos llevarla nosotros mismo al hospital más próximo. Entre los dos trataremos de bajar a mi madre hasta la furgoneta. Mientras Victoria prepara alguna ropa y recoge medicamentos y papeles que necesitarán en el hospital, yo instalo un colchón en la parte trasera del coche.

Al sentarla en la cama entorna los ojos, le decimos que tenemos que llevarla al hospital, la preguntamos si puede intentar ponerse de pie; pero no, se derrumba, es un peso muerto; al agarrarla por debajo de las piernas comienza a chillar, repentinamente consciente, me empuja con violencia con las dos manos intentando zafarse de mis brazos para volver a la cama; chilla desesperadamente. La volvemos a sentar en la cama, mis manos han dejado dos anchas marcas rojas bajo sus muslos, frecuentemente inflamados por problemas circulatorios.

—Haz un esfuerzo, anda, —le digo.

Sólo con gran empeño logramos ponerla de pie, pero no somos capaces de vestirla; la arropamos como podemos con una manta y la arrastramos hacia la escalera; sus pies rozan el suelo inanimados, su cuerpo es muy pesado, bajamos un peldaño, otro, medimos cada movimiento, se queja. En el descansillo junto al salón hace intentos de mover los pies, parece despertar de un pesado letargo, como si comprendiera lejanamente lo que está sucediendo a su alrededor. En los últimos escalones apoya los pies y alarga el brazo hacia el pasamanos. Cuando atravesamos la puerta de la calle hace una breve indicación para que dejemos cerrada la puerta, es su primer acto reflexivo. Después, paso a paso, colgados todavía sus brazos de mi cuello y el de Victoria, recorremos el tramo final hasta la furgoneta. Depositarla sobre el colchón ya fue mucho más fácil.

La carretera de Andalucía subía y bajaba ondulante como la superficie de un mar tranquilo. Sucedió como un paréntesis en el tiempo, el asfalto fluuyendo, unos pocos automóviles en sentido contrario, el rumor del motor. Las impresiones en torno a mi madre se centraban en la parca relación que había tenido con ellos siempre, un hecho irre recuperable ya. Mis recuerdos, la memoria perdurable de actos que quedan de alguna manera sobresaliendo por encima del olvido, se remontaban a circunstancias de la pri-

mera infancia y a unos pocos detalles insignificantes posteriores. Me dolía que así fuera, no poder conservar una memoria agradecida de mis padres era un golpe bajo que me remitía por asociación de ideas a mi relación con mis hijos; me preocupaba ahora que lo que pensarán mis hijos de mí fuera similar a lo que discurría yo sobre la relación con mis padres. Miraba a mi padre por el retrovisor y lo veía tan desvalido, tan centrado en sí mismo, siempre esperando que todos nos atuviéramos al papel de procurar la satisfacción de sus necesidades. Y mi madre, ese genio tantas veces recluso en sí, cerrado a cal y canto, un puñado de antipatías, permanentemente la guinda de la maledicencia encima de cualquier conversación... Portaros bien, les decía yo cada vez que me despedía de ellos junto al portalón de su casa; y es que durante años no fue posible oír dos palabras entre ellos sin que uno u otro saliera malparado; cualquier disculpa banal servía para la descalificación mutua. Era tristeza sin remedio pensarlos a los dos juntos... y ahora ella así, quien sabe si muriéndose. Apenas hacía un año que había terminado de escribir mi último libro, una fantasía sobre la madurez, adobada con quiméricas relaciones y con un largo periplo por Oriente; una vaga decisión de reflexionar sobre mi vida en el umbral de los cincuenta subyacía en este ejercicio literario. Corría así aún por él el rumor de piezas desajustadas, el loco recuerdo de la India, el enigma de una mujer que despedí en Bom-

bay —adiós veleidades, eso comprendí imaginando aquella historia—. Ahora este nuevo acontecimiento de mi madre reafirmaba la condición de complejidad, de rompecabezas, si se quiere, que era para mí la vida en estos momentos. Nunca hubiera pensado que la relación con mis padres, el lejano afecto que les dispensaba, pudiera mirarlo de manera similar, ponerlo junto a aquel otro que mantienen o mantendrán mis hijos conmigo. El sentirme yo mismo fuera del límite de la juventud y el encontrar en mis padres que hacerse viejos era un asunto complejo que necesitaba de elementos de reflexión que no tenía, me confundían. Todo esto había llegado hacía relativamente poco tiempo y no faltaba día en que ese desprendimiento y lejanía en relación con mis padres no levantarán en mí un fuerte sentido de culpabilidad.

En las puertas del servicio de urgencia del hospital esperaban mi hermana, Rafa, Carlos, Luisa. Mi madre seguía medio inconsciente. Desapareció sobre una camilla blanca empujada por el personal del hospital.

A las once de la noche un médico muy joven nos atendió con una amabilidad estudiada. Sus maneras circulares de hablar hacían esperar lo peor. El ataque de asma no tenía en principio excesiva importancia. Ahora se encontraba bien, pero esta aparente mejoría podía no durar, podría deberse a los antiinflamatorios. Tardó todavía un poco en decirnos que se le había localizado un tumor en la parte occipital

izquierda del cerebro. Habría que esperar muchos días todavía para determinar la malignidad del tumor. Antes estaría restablecerse del asma, explorar la posibilidad de una intervención quirúrgica, la realización de una resonancia magnética, una biopsia.

Y al final, después de un mes de espera y angustia, mi madre, recuperada del asma, pero perdiendo día a día facultades, enredada entre las redes de las palabras hasta el punto de hacer incomprendible su discurso, fue dada de alta con un lacónico diagnóstico que decía: paciente con astrocitoma de grado IV. Aquel tumor destruiría su cerebro en unos pocos meses.

Era un cuartito pequeño con apenas espacio para cuatro personas, una mesa, un archivador, un ordenador, una impresora y dos sillas eran todo el mobiliario. El doctor, en pie, apoyaba las manos sobre la mesa: enfrente estábamos Victoria y yo, y un poco más a la derecha, sentado, con la cabeza baja, mi padre. Ya se habían terminado todas las pruebas, los resultados estaban sobre la mesa. La voz del doctor buscaba ser neutra y profesional, lo sentía, dijo, pero el diagnóstico no podía ser peor. Mi padre comenzó a gemir, se apoyó sobre los brazos y comenzó a llorar. El doctor nos dejó solos. Era una llantina inesperada llena de una soledad agolpada que arrasaba ahora mismo las desavenencias y los rencores; el nom-

bre de la muerte, ahora sí, real y sin sospecha alguna, se abría amargamente ante nosotros.

—¿Qué voy a hacer? ¿ahora qué voy a hacer? —decía gimiendo mi padre.

Le pasé el brazo por el hombro e intenté consolarlo, mi propio llanto quedó trabado por aquel gemido inesperado de mi padre,

—Vivir, qué vamos a hacer si no. Vivir — repetía yo maquinalmente con una presión en el pecho a punto de estallar.

Quedó aplazado el destino inmediato de mi madre por un momento. La desolación del futuro de mi padre tenía la misma hondura que el cáncer que arruinaría la vida de mi madre. Tuve una imagen fugaz de lo que sería la soledad de la vejez de mi padre, una terrible imagen que se agrandaba mirando de frente el poco afecto que mi padre me despertaba pese a la emoción de aquel instante.

Pasado ese primer momento, despegado ya de la conmoción que me produjo su gemido lastimero, le dejé con Victoria y salí al pasillo; quedé solo allí, era un corredor largo y blanco, todo la pena contenida se me vino de pronto encima como un cataclismo injusto que mandara caprichosamente un ser todopoderoso; me rebelaba, me alzaba contra la espuria maldad, contra el capricho cabrón de aquel ser que manejaba los hilos de la vida y la muerte desde una gris divinidad de cartón piedra. La sinrazón de la muerte, su esencial incomprensión, me hacían jadear

de indignación. La indignación se transformó en lágrimas, las lágrimas brotaron unas tras otras con el gusto salobre de las olas, desabridas y furiosas al principio, humildes y desesperanzadas al final. La pena se me desleía por el cuerpo, brillaba en los ojos, caía sin remedio al fondo de mi ánimo

Mi madre fue el centro de todo lo que sucedía en casa a partir de entonces. Se fue la nieve y dos días más tardes el sol calentaba agradablemente en la fachada sur. Después de comer sacamos a la abuela al sol, le pusimos un sombrero de paja y le llevamos el punto; su figura, sobre el fondo blanco de la cal, quedó como lista para ser recogida en un negativo de blanco y negro. Yo recordaba aquella escena, había hecho una toma muy similar en un viaje de muchos años atrás, en ella, igual que mi madre, una vieja hacía punto al sol, junto a la anciana trinaba un canario. Me entraron ganas de recomponer aquella escena semiolvidada de mis primeras fotografías, fui a la habitación de Mario a por Tartufo y volví con la jaula en una mano y la cámara fotográfica en la otra. Después miré a mi madre, al canario, al jardín, a mi madre por último. ¡Qué desalentador era mirarla y saber que nada se podía hacer!

—Mamá, ¿te hago una foto? —le dije. Mi madre levantó los ojos del punto y contestó:

—¡Bueno! —se sonrió, encogió los hombros y volvió a sumirse en su trabajo. Para ella empezaban a existir pocas cosas más allá del punto y la relación con sus hijos y nietos.

El canario estaba allí pero no sabía qué hacer con él, terminé por volverlo a su sitio. El primer impulso de fotografiar a mi madre esa mañana se convirtió instantáneamente en una necesidad que me parecía poco menos que inconfesable, no sabría explicarlo pero me parecía que tenía algo de impúdico eso de querer tomar fotografías de mi madre hasta el último momento. Por una parte estaba mi afición a la fotografía, que me acompañaba desde hacía más de veinte años, y por otra la seguridad de que esas fotografías serían el testimonio dramático del final de su vida. Todos los datos indicaban que la vida de mi madre no sobrepasaría las veinte semanas, sin embargo nadie sabía cómo iba a ser esa evolución, qué cambios se producirían en su organismo, cómo iría perdiendo el contacto con su entorno. De momento no todo eran males, mi madre tenía buen humor, cosa poco corriente en ella; el ámbito de sus preocupaciones había descendido notablemente y ahora en casa todo era tener contenta a la abuela, con lo que sus días, sin mayores dolores de momento, discurrían tan felices como aquellos otros de la infancia. Consideré muchas veces este nuevo aspecto, era verdad, mi madre estaba contenta, hacía ligeras

referencias a que su cabeza a veces no funcionaba bien pero lo decía con humor.

Lo que en un principio fue una intuición se convirtió en seguida en un fuerte deseo, las fotografías serían los testigos mudos de una pasión hacia ella que nunca antes había sentido, nunca en mis cincuenta años de vida esa ternura de hijo se había manifestado con tanta rotundidad como ahora. Desde esa tarde hasta la misma madrugada en que mi madre fallecería siempre tuve la cámara a mano.

Ella apenas se dio cuenta de las primeras tomas. Cuando le pedí que levantara un poco la cabeza, se puso erguida como un soldado y dijo:

—¿Así? —y levantó el busto, firme como si tuviera que pasar revista ante un general.

Se me humedecían los ojos mirándola a través del visor de la cámara. El zoom de 200 milímetros recogía un rostro regordete de una mujer de setenta y pocos años abstraída en una labor que requería toda su atención. De sus esquemas mentales estaba desapareciendo poco a poco todo ese bagaje de preocupaciones que son el dinero, la seguridad, la propiedad, la compleja vivencia, pasión si se quiere, de los hechos cotidianos, los chismes, los motivos de discusión, los programas de televisión favoritos. Sobre esa nada, que se iba extendiendo como un gas letal sobre su vida, sobrenadaba su lucha con las madejas de lana y también una cara de felicidad que nadie le había conocido en los últimos treinta años. Las

gafas le bajaban hacia la punta de la nariz, arrugaba el entrecejo, y en seguida lo distendía; entonces ladeaba la cabeza y en su rostro aparecían los gestos de quien estuviera hablando consigo mismo felicitándose por haber encontrado la clave de un pequeño jeroglífico. Sus compañeros: la lana, las agujas, ese trozo de delantero que tejía eran sus interlocutores desde la mañana a la tarde. Todavía ladeó una vez más la cabeza, apretó los labios uno contra otro y quedó quieta un par de segundos; hice una nueva toma. Después giré el zoom, ahora aparecía de cuerpo entero, recordaba algunas fotografías antiguas de mi madre. Pero eran sólo fotos, los recuerdos correspondientes a aquellas imágenes se habían esfumado. Mi madre perdía poco a poco los perfiles del pasado para ubicarse únicamente en el presente, era como si su ánimo quisiera reconstruir otra madre nueva nacida de la inocencia y del afecto del momento, una madre a la que pudiera querer de una manera distinta, a la que pudiera cuidar como a una niña. Mirar a través del zoom me ayudaba a seleccionar una parte de la realidad que necesitaría recordar, y haciéndolo, mirando a través del objetivo, descubría rasgos y aspectos del rostro de ella que se sumaban rápidamente a ese conocimiento repentino y exhaustivo que quería hacer de mi madre. La vida se tensaba de nuevo, la cuerda del arco forzaba la elasticidad de la madera, el arco crujía, se resentía entera la estructura de mi vida.

Los paseos matinales de mis padres fueron una obligación impuesta por mí mismo días más tarde. Me costó mucho trabajo convencer a mi padre para que todas las mañanas llevara a la abuela a pasear, no tenía costumbre, hacía frío, decía. El primer día salí a acompañarles con la cámara en la mano. Era una mañana fría, abrigamos a mi madre no menos que si tuviera que atravesar la Antártida,. Hasta Katia salió a despedirlos frente a la cancela. Primero tomé un plano general: la casa, la perra, mi padre y mi madre del brazo; después les puse contra el fondo de la sierra, ella posaba dócil, miraba y parecía decir: ¿así?, y se agarraba al brazo de mi padre firme como un soldado. Quedaba muy simpática con aquel gorro de lana verde a bandas blancas, con el abrigo de Guille, enorme, abultado, como para una expedición polar. Luego caminaron muy despacio la pista hacia el olivar arriba; cuando sus dos figuras alcanzaban el cambio de rasante, volví a hacer otra toma; tenía la consistencia de una alegoría, ambos subiendo despacio la cuesta hasta perderse tras el cambio de rasante del camino.

Era la víspera del día reyes, todos habíamos indagado en los últimos días los gustos y las preferencias de los otros. Siguiendo la tradición de los últimos años las compras de los regalos se hicieron en el más absoluto secreto. Por la noche, después de la

cena, Mario, Lucía y Guille se ocuparon de colocar los regalos en el cuarto de estar. La abuela preguntaba qué era aquello, no entendía muy bien lo que estaba pasando; ella acostumbraba a levantarse nada más cenar y pasar al salón,

—Bueno, ¿qué hacemos aquí? ¡vamos! ¿no? —y hacía intención de levantarse.

—Que no, mamá, que hoy es reyes y si sales ahora vas a pillar a los camellos en mitad del pasillo. Ahora cuando se vayan vamos todos juntos a ver lo que han dejado —respondía yo.

—Bueno —decía, y movía los hombros como diciendo: si tu lo dices.

No terminaba de entender qué era aquello de reyes pero se prestaba a las indicaciones de la puesta en escena, extendía los brazos sobre la mesa, ponía mano sobre mano y adoptaba una mansa disposición mientras yo trataba de recordarle lo que habíamos hecho en esa fecha otros años, los juegos que habíamos inventado para entregarnos los regalos de reyes... ¿Qué entendía y qué no? Imposible saberlo. Aquella noche estaba más callada que de costumbre, se dejaba conducir. Sólo expresó sorpresa y sonrió cuando sus nietos la vinieron a buscar armando una bulla de mil demonios por el pasillo.

—Abuela, ya han llegado los reyes, ya han llegado los reyes —decían alborotados.

La abuela se sonrió —Vamos a ver qué es eso— dijo, y los siete formaron una fila bullanguera

camino del cuarto de estar. Los regalos estaban envueltos en papel de colores, todos nos colocamos alrededor de la abuela esperando a que abriera sus dos regalos.

—¿Y esto? —y levantaba un par de calcetines de lana color ladrillo por encima de la cabeza y los giraba exhibiéndolos ante la concurrencia como si se tratara de un trofeo. Luego se interesó en seguida por lo que sucedía a su alrededor, fue mirando los regalos de los otros con curiosidad, Lucía bromeaba con ella tocando su cabeza con un gorro de paja y envolviéndola en una bufanda. Se puso de muy buen humor, antes de acostarse fue repartiendo besos por toda la casa

—¡A ver quién hay por aquí...! —y asomaba por las puertas de las habitaciones tocada con el gorro de Lucía y agarrando la cara de cada uno entre las manos les soltaba un ruidoso beso en la boca apuntando los labios como hacen los niños pequeños.

—A mi otro con los morretes abuela —le decía Lucía. Y la abuela se reía y repartía besos a diestro y siniestro contenta como nunca. El fogonazo del flash le dio motivos para divertir a la concurrencia con una mímica que había inventado en los últimos días para compensar su dificultad de expresarse de palabra, sólo que en esa noche, el éxito de sus gestos hacía que exagerase todavía más la ingenui-

dad y comicidad de su expresión. Las diapositivas de ese día fueron una fiesta de humor y ternura.

Disfrutaba de unos pocos días de vacaciones, le empecé a dar vueltas a planes antiguos sobre la parcela, árboles y arbustos que plantar, el riego automático, cosas así. Mi padre estaba acatarrado, anoche tenía algunas décimas de fiebre, se pone muy melodramático, asquerosamente melodramático, pensaba yo; sin embargo cuando se fue a la cama, la noche anterior, me dio una enorme pena, coloradote, viejo, solo solo, afiebrado, en cierta manera menospreciado por mi madre desde su parcial enajenación. ¿Quién le queda en el mundo si es capaz de decir lo que dice?, algo así puede ser vivir enterrado en vida; al menos ese sentimiento creo que tendría yo en circunstancias similares. Los muertos no me pesaban ahora de la misma manera que cuando tenía veinte o treinta años.

Quisiera ser capaz de pintar ese paisaje que deja a mi paso la percepción de mi madre haciendo punto contra la luz de la nieve cayendo una vez más al otro lado de los ventanales de la habitación del jardín; ella atareada con un jersey que jamás logrará terminar porque a cada hora que pasa el laberinto de la lana crece ante los restos de su conciencia debilitada; yo viendo nevar, aislado de la familia, escuchando lejanamente, levemente un LP de los Beatles

que Mario graba durante toda la tarde, yo divagando sobre la relatividad de las circunstancias, los hechos corrientes, las expectativas. El sentido de las cosas se hacía pedazos en contacto con el día. Blancura excesiva de invierno.

Un día que estaba muy parlanchina, hacía de ello quizás quince o veinte años, contaba cosas de su adolescencia. Cómo se había ilusionado con un vaporoso sombrero de ala ancha bajo el que caía una larga cabellera, cómo lo paseó aquel domingo por el barrio. Era extraordinaria la presencia de aquel recuerdo que aparecía fresco después de cuarenta años en un trozo de tarde insignificante. Ahora era como una niña pequeña. Se sentía mimada y protegida y eso le alegraba la cara. Se toca la cabeza y dice con su media lengua algo que se parece a “qué me han hecho a mí en la cabeza”, después encoge los hombros como se hace ante una cosa sin remedio: “Ya veremos” comentaba. Ahora ya no llegaba a expresarse así, sus palabras no tenían una hilazón lógica, debían hacer grandes esfuerzos para saber de qué estaba hablando, su lenguaje va naufragando día a día en un discurso incomprensible. Pero nadie está seguro de lo que comprendía o no. A veces creíamos que no entendía porque la encontrábamos abstraída con el punto y callaba, pero nos sorprendía, sin embargo, un rato después, con un interrogante inesperado sobre lo que hablábamos momentos antes.

El neurólogo que nos resumió la situación de mi madre después de más de un mes de hospitalización, había recomendado vivamente que se la sometiera a sesiones de radioterapia. Llegó el día, era lunes, se trataba de un reconocimiento preparatorio, llevábamos esperando algo más de hora y media. Nos recibió una mujer que exhibía un aspecto de forzada profesionalidad; se negó a admitir a mi hermana en la consulta, que con dos bastaban dijo, muy puesta en su papel de médico. Mi madre, sentada entre Victoria y yo, parecía ausente a la situación, se mostraba dócil y servicial. La médico ordenó unos papeles durante un breve tiempo y en seguida comenzó su interrogatorio. Usaba un tono en exceso engolado, parecía empeñada en mostrar su sabiduría a toda costa, como si estuviera representando un interrogatorio para un público de un programa televisivo. En determinado momento me pareció que sus preguntas estaban fuera de lugar, preguntas como que si había tenido otros familiares con cáncer me parecieron totalmente inadecuadas para el momento, como si mi madre supiera del alcance de su enfermedad y fuera necesario que esta mujer diseccionara el horror de la enfermedad y sus consecuencias frente a ella. Mientras Victoria contestaba yo me interpuise entre mi madre y la médico y traté de aislarla de sus palabras distrayéndola con alguna observación intrascendente. Entonces, la médico, derecha y muy

digna, me dijo que le estaba impidiendo hacer la exploración médica, que no me preocupara, que la enferma no entendía nada. Sentí que me hervía la sangre, torpemente traté de sobreponerme indicándole que era muy difícil determinar el grado de conciencia y que sin embargo podía ser extremadamente doloroso para mi madre descubrir la realidad de su enfermedad, le pedía por favor que tuviera esto en cuenta, de hecho durante semanas nos sorprendió a veces con observaciones que no esperábamos, sólo que aparecía como ausente o no encontraba las palabras precisas para expresarse. Me costó un gran esfuerzo contenerme ante la intemperancia de aquella mujer que intentaba envolvernos la arrogancia en una aséptica profesionalidad. ¡Qué dócil estaba mi madre!, se desnuda, la palpa, la ausculta, mueve sus brazos y piernas, la hace tumbarse, obedece a pequeñas órdenes, ¡qué humilde su aspecto, qué contraste con esta eminencia estúpida! ¿Qué siente ella, qué piensa cuando la llevan y la traen de aquí para allá? Ese gesto que pone cuando después de las comidas o cenas le hacemos ingerir uno tras otro tantos medicamentos. Nuestros hijos a veces juegan con ella y la abuela les sigue las bromas hasta que el último inhalador o la última gragea han sido tomadas; pero otras muchas está seria y circunspecta, no tiene ganas, levanta un hombro y hace un gesto inequívoco de dolor, de desgana. Hoy es su humildad lo que llamaba mi atención.

Cuando se duerme tiene un aspecto muy tierno, jamás el rostro de mi madre expresó nada parecido. Me pregunto hasta dónde somos capaces de comprendernos unos a otros, hasta dónde sabemos de los otros, de esos pequeños sentimientos que son la razón misma de nuestro estar despierto de la mañana a la noche. Qué ha habido siempre detrás de ese ceño fruncido que ha ostentado mi madre durante media vida, detrás de ese hosco aislamiento que se imponía durante semanas, más allá de esa indiferencia que vestía como una fortaleza inexpugnable. Ahora no habla pero tiene una expresión dulce en su rostro; ya no puede tener problemas económicos, su nivel de conciencia le impide considerarlos; ya no le pueden robar, ese miedo y esa disposición a cerrar a cal y canto con varias cerraduras la casa, a clausurar las ventanas con pesadas rejas de hierro; ahora sólo tiene que vivir y recibir el afecto de todos los que le rodean, es feliz como nunca lo fue, desaparecieron las preocupaciones para siempre, únicamente la presencia o ausencia de mi padre perturba todavía su equilibrio y unos restos de suspicacia. Hay males antiguos entre ellos que han debido estar clavados como alfileres sobre los sentimientos más íntimos.

Desde muchas noches atrás empleábamos las primeras horas de la madrugada en estudiar temas relacionados con el cáncer de cerebro y la radioterapia.

Nos apremia el tiempo y la incertidumbre. En el hospital quedaron en que en unos días nos comunicarían el día y hora para la sesiones de radioterapia, al salir nos entregaron unos papeles que deberíamos leer con atención en casa. Leímos despacio, aquellos papeles decían que las sesiones de radioterapia no garantizaban la mejoría del paciente y prevenían contra una larga lista de efectos secundarios, el más corriente de los cuales era la caída del cabello y la hinchazón de las encías. Nos aplicamos a la búsqueda de información más precisa sobre la enfermedad de mi madre; parte de ella nos llegaba a través del ordenador, el descubrimiento de Internet como fuente de acceso a los temas más dispares se mostró de una eficacia insospechada. Día a día fuimos traduciendo informes de muy diversa procedencia. El Netscape servía cada noche su colección de horrores, había páginas que mostraban cómo semana a semana este tipo de tumor se iba expandiendo por el cerebro, algunos testimonios sobre pacientes concretos ilustraban el camino que tomaría la enfermedad de mi madre en las próximas semanas. Los pacientes a los que habían diagnosticado un glioblastoma multiforme como el de mi madre tenían una esperanza de vida de aproximadamente diecisiete semanas; eran informes del Instituto Nacional del Cáncer de Estados Unidos. Los plazos se iban acortando a paso de gigante, cuando le dieron de alta el neurólogo habló de una esperanza de vida de uno o dos años, en la consulta

previa a las sesiones de radioterapia la doctora había cifrado este tiempo en seis meses; los documentos que leíamos aquellas noches lo reducían a la mitad, diecisiete semanas a partir del diagnóstico. Hoy era once de enero, le dieron el alta el veintidós de diciembre, nueve y once, veintiuno, tres semanas; diecisiete menos tres, catorce semanas... Era inevitable —y terrible— pensar estas cosas, mi madre moriría antes del mes de abril.

Ahora restaba un penoso interrogante por resolver, los mismos informes prolongaban la esperanza de vida hasta casi el doble en el caso de que el paciente fuera sometido a sesiones de radioterapia. Mirábamos una y otra vez la larga lista de efectos secundarios: caída del pelo, hinchazón de encías, cansancio, cambios en la piel, pérdida de apetito, picazón... ¿Aplicaríamos o no la radioterapia, llegado el momento? Hablábamos largamente sobre los pros y los contras: los efectos secundarios de la radioterapia nos parecían devastadores para el ánimo de mi madre, bastaba ver ese desconcierto que se le veía en la cara cuando no era capaz de recordar o cambiaba unas palabras por otras, cuando se miraba en el espejo y se veía esa tremenda hendidura que le había dejado la biopsia, y que se apresuraba a disimular con alguna mata de pelo sobre ella. ¿Qué efecto tendría en ella la caída del pelo, la hinchazón que le impediría utilizar la dentadura postiza? No éramos capaces de imaginar a mi madre frente al espejo en esa situa-

ción. El dolor moral que le provocaría su aspecto nos parecía más horroroso todavía que aquel otro físico que hasta ahora había sido mitigado con bastante éxito a base de Nolotil. Las contrapartidas “positivas” de la radioterapia eran unas semanas más de vida, pero sin garantías de qué calidad de vida iba a tener. ¿Vivir más a toda costa?, nos preguntábamos. La sociedad es miserablemente hipócrita en estos asuntos, la técnica se ha desarrollado hasta el punto de hacer posibles las constantes vitales mucho más allá de toda lógica; nos arrebató la muerte y nos impone la moral de la supervivencia biológica a toda costa, razonábamos nosotros. Y volvíamos sobre el mismo tema, esa preocupación de mi madre entonces por taparse la calva que le había dejado la craneotomía de la biopsia, la manera coqueta en que continuamente se miraba en el espejo y se tapaba ese calvero sobre la cabeza. Unas pocas semanas más de vida para verse muda y sorda, para observar cómo se iba quedando calva día a día, cómo podría soportar a duras penas la dentadura postiza y cómo su rostro iría quedando hundido y avejentado; todo sin solución, para que ella misma pudiera ir observando paso a paso su destrucción sin remedio.

Tengo ante mí la fotografía de una escultura de Vigelan que tomé el verano anterior en Oslo, se trata de una pareja de ancianos. Están sentados, des-

nudos, ella cruza los brazos y reclina su cabeza sobre el pecho del hombre; él posa su mano en el cuello de ella, su brazo izquierdo yace intemporal sobre el regazo de la mujer; han vivido muchos años de la vida juntos y ahora ésta declina irremisiblemente; él clava la vista sobre el horizonte desfalleciente de la tarde, su expresión es la de una soledad proverbial mitigada únicamente por la compañía de la anciana que yace ovillada entre sus piernas y su pecho. El material sobre el que esculpió Vigelan es frío e impersonal, un granito claro y frío punteado por el negro de la mica, todas las edades de la vida nacieron de este granito en el famoso parque de Oslo, lactantes, niños, jóvenes, mujeres, ancianos, todos desnudos, desnudos como la mar, desnudos como la muerte, para que los veamos ahí y no olvidemos esa desnudez esencial que es la vida y la soledad del hombre.

Por la noche me cuesta dormirme, la soledad de mi padre me despabila, me parece indigna de un hombre, ¿pero qué puedo hacer yo?. Viejo loco que no supo vivir ningún intervalo de su vida con una mínima lógica; pereza, siempre la pereza, sólo rastros de olfato guiando la conducta, loco, loco de atar repitiendo siempre la misma cantinela de dos o tres cosas que parecen ocupar toda su vida. ¿Por qué no razones viejo?, me digo, ¿por qué no te ocupas un poco de los que te rodean? ¿no te ves que te vas a morir viejo y desvalido, que te estás quedando solo?

¿que sólo te va a quedar el hecho de ser abuelo, padre?

Es trece de enero, vuelvo a hacer ganas de vivir, me bulle la sangre, recomienzo a estudiar y a trabajar con entusiasmo. Ha caído en mis manos un ejemplar de la revista Geo y sus imágenes me hablan, me inquietan, despiertan antiguo proyectos: Nepal, Canadá, los Andes. Una hora más tarde mi madre tiene una crisis de asma. El fuelle de sus pulmones se oía desde el pasillo, incorporada en la cama hacía esfuerzos terribles por respirar, no era capaz de utilizar los inhaladores, llevaba veinte años usándolos y esa mañana parecía tener un objeto extraño ante sí, se lo ponían en la boca pero no acertaba a inhalar. Su pecho subía y bajaba intentando sofocar el ahogo con pequeñas cantidades de aire que llegaban tras esfuerzos terribles hasta sus bronquios. No había tiempo para llamar a una ambulancia, la arropamos y la metimos en el coche. Es penoso y dramático el espectáculo de una crisis de asma, el asmático puede estar a punto de perder el sentido porque el aire no llega a sus pulmones, se infla, enrojece, su pecho sube y baja como una máquina a la que fuera a reventar el motor; y no se puede hacer nada, otra cosa que no sea correr a un centro de urgencias. Allí los fármacos obran milagros, el Vento-lín la serena, miro asomarse a su cuerpo el calor y la vida, media hora conectada a un vaporizador inhala-

dor le devuelven la sonrisa, mi madre infla los carrillos y sopla como diciendo: ¡qué descanso...! Pero no dice una sola palabra, mueve la cabeza afirmativamente cuando le pregunto si se encuentra mejor. La llevé de vuelta a casa; encargué a mi padre que fabricara unos peldaños para que en próximas ocasiones mi madre pudiera subir a la furgoneta con comodidad; después desayuné con una lentitud forzada, sorbiendo la luz que inundaba la biblioteca; qué hermosa estaba la mañana, la parcela, sus árboles desnudos bañados de luz.

Había una fuerza nueva en mí esa mañana, hubiera sido capaz de hacer en un instante cualquiera de esas tareas que postergaba constantemente a la espera de unas hipotéticas ganas que a veces se demoran meses. ¿Cómo llegan estas ganas, de qué se alimenta esta fuerza esporádica que barre de un soplo el abúlico ir y venir por las cosas? Mi madre se había recuperado, después del desayuno la ayudé a sentarse bajo el ventanal de la biblioteca y le acerqué un montón de ropa para que fuera doblándola (con qué minuciosa perfección estiraba las prendas, las doblaba, las amontonaba, como si aquello constituyera un trabajo artesanal que requiriera manos expertas y cuidadosas como las suyas); allí se quedó entre el sosiego de la ropa y el sol.

La relación de ahora con mi madre no tenía nada que ver con aquella del pasado, mi madre de ahora despertaba en mí una ternura que no hubiera

sospechado hacía unas pocas semanas. Cuando en noviembre la llevamos al hospital me pareció que se podía estar muriendo, y lo sentía, claro; pero no había entonces nada parecido a lo de hoy, esta mañana tratando salvajemente de introducir un poco de aire en sus pulmones. O ayer, que me hizo llorar como no lo hacía desde niño, porque ya ni el jersey era capaz de continuar; la sorprendí perpleja ante la labor, había extendido el delantero del jersey que teje sobre la mesa y lo miraba una y otra vez por todos los lados intentando comprender lo que allí estaba sucediendo, sobraba, faltaba, no sabía, ella estaba desconcertada, miraba con estupefacción el punto sin comprender, como si dijera: sesenta años haciendo punto y... ¿qué pasa aquí?, yo juraría... No sabía hacer la sisa, lo había olvidado. No pude soportar aquel espectáculo, se me formó un nudo en el pecho, salí llorando al jardín, blasfemé en voz alta, los dioses debían rendir cuentas de estas cosas, busqué un lugar apartado de la casa en que poder ocultar el llanto. La perplejidad de mi madre frente al enigma del punto saturaba mi capacidad de comprensión y no encontraba otra salida que esa pena infinita. ¿Cuál sería el paso siguiente? Esa como evidencia derrotista de que las cosas son así, la vida así, el tiempo efímero, ya no era evidencia tan notable, mi ánimo y mi confianza en mi mismo eran mucho más fuertes que todo aquello esta mañana.

Verónica me regaló una rosa nada más llegar al trabajo, eso también me ayudó; acababa de dejar a mi madre en casa. Eso fue por la mañana, ahora estoy en casa, hace sol, he abierto la puerta de la biblioteca que da al jardín, entra el sol de la tarde, Victoria practica al piano algunos ejercicios rutinarios, Mario tiene mejor aspecto que ayer, Lucía está de buen humor; mi padre continúa viviendo en la inopia pero hoy parece haber mejorado algo sus relaciones conmigo, le he pedido que tienda la ropa y no ha rechistado, ahí está ahora liado con la maqueta de su barco. Mi madre se ha adormilado sobre el sillón, su respiración parece sosegada. No sé cuanto durará esta incertidumbre, me deja en vilo cualquier circunstancia que tenga aspecto de no corriente, la primera hora después de meterme en la cama siempre son especulaciones sobre los acontecimientos de las próximas horas. No obstante me alegra el haber reencontrado, aunque sea en el efímero espacio de una tarde, los rastros de algo que amaba y que parecían diluirse de manera permanente en el paisaje rutinario de todos los días. Eso que los años van incorporando a la vida tintándola de nostalgia y falta de ilusión, eso no era todo, las cosas pueden llegar a recomenzar, me digo en esta hora propicia.

Mi madre dormita en el sillón, es la primera vez en su vida que lo hace, siempre la oí enfadarse con mi padre porque él sí lo hacía. Su rostro es serio, pero ya no tiene el dramatismo de la mañana.

Es terriblemente real, me sorprende esta mañana cavilando sobre lo poco que puede quedarnos, once años y medio para la jubilación, que a lo mejor no puede ser y serían los 65, que a lo mejor estamos chochos suficientes sólo para hacer vida tranquila; y entonces se acabó, ya está. Y ese tiempo, ese tiempo de proyectos aplazados, de hacer lo que nos place se acabó, no, no habrá llegado. Así, de repente, pienso que calculamos mal, la independencia de nuestros hijos se retrasa casi hasta el punto de ponernos sobre las cuerdas de la jubilación. Deberíamos echar cuentas, racionalizar nuestro tiempo, tratar de recorrer la vida con variantes, introducir nuevas armonías antes de que sea demasiado tarde. La suerte de mi padre y mi madre me plantea hoy interrogantes que se precipitan en estos momentos con fuerza contundente contra ese tiempo tan aparentemente intemporal, ese tiempo en que envejeces sin apenas darte cuenta más que de tanto en tanto, que descubro ahora cada vez más apremiante.

Hoy tuvieron que ingresarla en el hospital. La crisis asmática de la mañana de ayer volvió a repetirse con redoblada intensidad, los bronquios emitían un bufido áspero y angustioso, su respiración se hacía más difícil a cada instante, toda su fuerza vital

se le iba en respirar. La llevamos al centro de salud, ya no podía andar, buscamos una silla de ruedas, su mirada era de una tristeza hiriente; mientras era atendida por el doctor su semblante parecía concentrarse en un silencio ofuscado y hostil; no miraba a nadie, sus ojos estaban fijos en la pared blanca de la sala de la consulta.

Vino mi hermana, mi cuñado Rafa, mi padre que quería estar en primera fila hoy pero que el día anterior ni siquiera hizo intención de acompañarnos al centro de salud; si ayer apenas prestó atención a la situación de urgencia hoy parecía dispuesto, sin embargo, a estar el primero en todas partes. Es un papel difícil, tiene una capacidad de atención muy débil y apenas pone voluntad de enterarse de las cosas, sus contradicciones consigo mismo son penosas; durante todo aquel largo mes de hospitalización vivió en continuo disgusto con su entorno, todo le parecían molestias, tanto viaje al hospital, tantas horas de aburrimiento allá. Tú no la conoces bien, me decía hablándome de mi madre, no me deja moverme, me pide explicaciones de todo, siempre tiene que ser lo que ella diga. Contaba detalles que yo escuchaba con dolor, que no le dejase entrar en la casa durante la mañana porque la ensuciaba con los pies de serrín o barro, o que no le permitiera trabajar con las maquetas de barcos en el interior de la casa porque todo lo ponía perdido; es un bicho malo, llegó a decir mi padre entonces. A mitad de diciembre, una vez frac-

sados los intentos de operar porque los informes del neumólogo y del anestesista fueron negativos, el equipo médico decidió hacer una biopsia como único medio de establecer un diagnóstico definitivo. Esperábamos frente al quirófano y mi padre empezó a gimotear, se le venía el mundo encima pensando la vida que le esperaba, y más con el genio de tu madre, le decía a mi hermana Monse. No era suficiente que Monse le acariciara y le diera ánimos diciéndole que mi madre iba a estar impedida, que tendría que cuidarla mucho; él, erre que erre, gemía ahogándose en esta negra suerte que se le había venido encima. Luego, cuando África salió del quirófano y contaba, todavía bajo el efecto de la anestesia local, cómo había sentido que le taladraban el cráneo y cómo los médicos la habían tratado de bien diciéndola que después iba a mejorar pronto; viéndola con toda la cabeza vendada y hablando así con un lenguaje confuso, pero emotivo y gráfico, reaccionó como una persona totalmente distinta, le cogió de la mano, le daba un beso. Algo así debió de sucederle hoy cuando la crisis asmática se le declaró por segunda vez. Salió mi padre entonces como de un hoyo de ensimismamiento y se enfrentó con Victoria, que hasta ahora había sido la que llevaba el mayor peso en el cuidado de África, y dijo que siempre quería estar en medio de todo; esta vez ocupó él el puesto de acompañante en la ambulancia. Traté de consolar a Victoria, mi padre es un bestia y un infeliz, no tienes que

tomarlo tan a pecho, le dije, mientras ella roja de indignación sellaba una distancia con su suegro que ya nunca más volvería a traspasar.

Por las tardes era lastimoso llegar al hospital y encontrarse con la cara de mi padre, malhumorado, con gesto acre y distante, aburrido, metido con obstinación en su mundo, quejoso con todo el universo, arrinconado, a varios metros de la cama en donde yacía mi madre, esperando que pasara el tiempo, acercándose a la cama de ella cuando llegábamos, pero lejano, ausente, en sus cosas, fastidiado por tener que estar allí todo el día. La abuela no lo quiere, lo trata con un desdén rayano en el desprecio; su mímica todavía reconstruye para él un lenguaje de desamor y repulsa.

La estancia en el hospital, su recaimiento asmático, la volvió triste y taciturna. La charla con ella apenas sigue el trazo débil de la lógica. Dos días después de su ingreso ya pudo levantarse, ahora permanecía con la mascarilla de oxígeno pero ya podía estar sentada. Mis hijos le meten los dedos por la mascarilla, soplan, tratan de divertirla y sacarla de esa angosta seriedad con que los recibe. Por fin se ríe, es como si saliera el sol después de días de niebla y lluvia. Luego intenta decir algo pero desiste en seguida, no sabe continuar, no encuentra las palabras, o las confunde con otras de significado diferentes; Victoria le toma el pelo, le hace cosquillas, le di-

ce que vive como una reina. Les hace felices verla salir de su seriedad y circunspección; darle de cenar, acostarla, vigilar el cable del oxígeno, despedirla como se despide a una niña poco antes de apagar la luz de la habitación, estimulaba un cariño que crecía en la misma medida en que lo hacía el tumor. Caía dormida como un bebé apenas le dábamos el beso de despedida, siempre ese beso redondo que iluminaba su cara con una paz infantil.

Uno de aquellos días mi padre nos recibió de malas maneras, que había estado en el hospital todo el día, que le abandonábamos, que mi hermana había ido un rato pero que se había marchado corriendo y de prisa, decía. Daba voces fuera sí repitiendo siempre las mismas increpaciones. Ya antes se había hartado de decir que a mi madre no la aguantaba nadie, que tenía que haberse divorciado hacía años. Fue una situación bestial, lloriqueaba como un niño por la suerte que le había caído en la vida.

Ella mejoraría poco a poco. Un par de días después la llevamos el punto, se reía con cualquier fruslería. Cada tarde tomábamos la concurrida auto-vía de Toledo, siempre cargados con el interrogante de cómo serían las semanas posteriores, cuánto horror depararía el tiempo inmediato, cómo sería esa degradación física de que nos hablaron en el hospital cuando diagnosticaron el cáncer. El tumor iría destrozando poco a poco el cerebro, teníamos que estar preparados para todo. Cuando reía con las bromas de

Lucía, no siempre esa alegría era compartida por todos nosotros, a veces su risa obraba el efecto contrario, nos parecía la alegría de una moribunda. Y volvíamos a preguntarnos con dolor y escepticismo sobre la fiabilidad del diagnóstico. Era imposible deshacerse de aquella duda que nos acosaba a cada instante.

A esa hora el tráfico era intenso, observaba a la gente que volvía del trabajo e imaginaba lo que esperaba a todos ellos a su llegada a casa... y la vida adquiría profundidad y sentido, se adensaba en torno a ese tráfico anónimo que discurría hacia Getafe y Madrid. No supe antes imaginar estos rincones de vida tan repletos de claroscuros. Me parecía estar rodando por un mundo nuevo lleno de sugerencias y visiones hasta ahora sólo entrevistas en muy contadas ocasiones; ese mundo a veces quemaba, otras era un remanso en medio de la corriente tumultuosa, pero siempre interrogantes, muchos interrogantes frente a esas intuiciones intemporales, sin espacios donde se pudiera pensar la vida en los términos de profundidad, luz, tibieza, sosiego, conciencia del ser, descanso. ¿Qué era eso de vivir, vivir y morir? ¿Cuál sería el significado de todos estos años que transcurren desde que nacemos hasta ese hoy mismo en que vislumbramos tan cerca la muerte? La cercanía de la muerte, incrédulo todavía de ella, de su realidad material, hacían de mi un personaje perplejo ante la vida, intuía que no iba a necesitar comprender, que na-

da de aquello pertenecía al mundo de la razón, era absurdo buscar causas y consecuencias en aquel laberinto. Sin embargo la idea de la enfermedad, las contradicciones en las que vivió mi madre, las relaciones entre ella y mi padre, su relación con el dinero, los objetos de consumo, su sentido de la seguridad, su miedo, eran elementos que debía integrar yo en mi propia realidad. A veces era indiferente la catalogación moral o lúdica que me hiciera de todo aquello, en definitiva todo era válido, todo era manifestación de la existencia, como las múltiples modalidades de vida de plantas o animales. Me gustaba esta idea, la perplejidad se hacía todo ojos y oídos y, la vida y todo cuanto ella encierra, la muerte, la enfermedad también, adquirirían el relieve y la angostura de las montañas y la naturaleza que siempre amé, puro espectáculo y puro sentir, ahíto de muerte, de pena, de paz; de infinita tristeza también. Los automóviles llenaban la autopista, todos conductores anónimos con los que me sentía especialmente hermanado esta tarde. Carece de realidad decir que mañana se va a morir y que no va a existir más, pensaba; especulaba con la idea de la muerte y la aplicaba a gente con la que me veía a diario, e igualmente tropezaba con un paisaje que forzaba mi imaginación hacia un campo irreal e incomprensible, como pensar que un día bajaría a Atocha y no estaría ni la cuesta de Moyano ni el parque del Retiro, la nada dentro del paisaje de todos los días.

La tarde transcurre dentro de un monólogo ininterrumpido. En medio de todo esto pienso en mis hijos. De entre el tiempo que veo que camina hacia el fin surge la imagen de ellos, alborotada imagen de una vida que se va adensando, pensamientos, ilusiones, todo eso que van creciendo en el tiempo, igual que esos árboles diminutos que un día plantaron en el jardín y que se convirtieron con los años en robustos olmos, en espigados álamos. El esfuerzo, la soledad, el peligro, las montañas, las emociones intensas. Reconozco en el aire la presencia de un nosequé que me ablanda los músculos, lo siento pasar a mi lado, su brisa estimula mi organismo, lo llena de una pizca de ansiedad desconocida. Después pienso que tendría hacer un esfuerzo para comprender a mi padre, meterme en su pellejo para ver qué saco, qué hay dentro de él. Fetichismo, impotencia para integrar, síndrome de circunstancia. Aplazamiento de la razón, del análisis, el momento expuesto siempre a los vientos de la desgana. La tarea imposible de construir firme y decidido en medio de circunstancias cambiantes. Esperar que llueva, esperar que llegue, esperar que las ganas vengan como quien espera el anticiclón de las Azores, aterrizar en la casa como un fantasma, enfermo y discapacitado. ¿Dónde está el espíritu fuerte, tenaz?, me pregunto. La voluntad esta de vacaciones, se aletarga y pienso en un invierno idílico de tiempo lluvioso y frío mirando de tanto en

tanto la niebla y un paisaje melancólico. Y me entran ganas de leer, es hermoso pensarlo, autores lejanos: Catulo, por ejemplo, los clásicos griegos, alguna novela olvidada de la Edad Media; otros que leí con descuido, orfebres del lenguaje, poetas que necesita sosiego alrededor para ser leídos, ese instante que raras veces llega y que añoramos durante media vida como una especia de paraíso inalcanzable, una cabaña en el bosque, el tibio calor de una habitación iluminada y llena de libros, desde donde se siga la evolución de las nubes, el rumor del viento, el golpeteo de la lluvia en los cristales.

El timbre del teléfono me saca de mis cavilaciones, llaman del hospital, no, no de Getafe, del 12 de octubre, del Departamento de Radioterapia. Por fin comprendo, se trata de la cita para las sesiones de radioterapia. Le explico la situación de mi madre a la persona que está al teléfono y me indica que cuando le den el alta en el hospital de Getafe volvamos a llamar para pedir hora de nuevo. Tomé nota del teléfono y del nombre de la doctora responsable, después colgué. ¿En dónde estaba? Perdí el hilo, recuerdo accidentalmente el nombre de Catulo, pero muy lejos, me pregunto si debo decir a mi hermana que han llamado del hospital o si será más conveniente que asumamos yo y Victoria toda la responsabilidad de la decisión. Prácticamente la decisión ya estaba tomada pero la llamada telefónica vuelve a despertar al fantasma de la duda, el recuer-

do de mi madre en medio de la crisis asmática sentada en la silla de ruedas en la consulta del centro de salud pasa fugazmente por mi recuerdo. Mientras tanto la tarde se disuelve en el malva del crepúsculo y queda en el aire, temblando como un estremecimiento, una confusa sensación plástica de tierra mojada..

Después de unos días mi padre ha pasado a ser un problema añadido sin posible solución. Su presencia encoragina a mi madre que tuerce la boca despectivamente para referirse a él; en el hospital todo son caras largas hasta poco después de llegar nosotros. Mis hijos también le evitan, se ve a la legua que las relaciones con él son tensas y difíciles, la comunicación se limita a un intercambio formal de preguntas y respuestas sin apenas contenido real. Así están las cosas cuando me encuentro en el hospital con mi hermana. Me dice ella, entonces, que ha convencido a mi padre para que se marche durante unos días a su casa, que iba a estar allí con más autonomía que en la nuestra, que le vendría bien, que tendría que ir acostumbándose a vivir solo, etc. Y cuando regresamos a casa le encuentro recogiendo su ropa y metiéndola en un pequeño macuto de cuero. Lo hace despaciosamente, como pensando en otra cosa. Le observo desde el pasillo sin ser visto. Me da pena, cargado de hombros, ausente, abismado en sus pen-

samientos como animal acorralado por una suerte fatal. Por fin me decido y entro en su habitación, me siento en un sillón cercano, ¿qué tal? le digo. Me ha dicho tu hermana que a lo mejor debería marcharme unos días a Seseña, contesta mi padre, que tendría que irme habituando a vivir solo, dice apesadumbrado; no sé, no sé si voy a ser capaz de acostumbrarme. Ya no es el hombre orgulloso del día de la nevada, está con un pie en el exilio, perdido en una casa vacía en la periferia de un pueblo de la provincia de Toledo. En sus palabras pesa la soledad última de una vida. Por mucho que se llevara mal con mi madre entiendo que la próxima muerte de ella lo tiene atrapado, perdido en la angustia de encontrarse solo en la vida. Por primera vez en mucho tiempo mi lástima es superior a mi orgullo, me siento menos lejos de él, recuerdo algunas noches cuando paso por su habitación y le encuentro dormido, sin la dentadura postiza, los pómulos hundidos, pálido, como muerto bajo la media luz que le llega de una bombilla que dejó encendida en un rincón; necesita levantarse varias veces por la noche y ha optado por dejar la luz encendida para no tropezar cuando se levanta. Me impresionan esos pómulos hundidos, como de viejo decrepito abandonado en la vía pública. Le digo palabras convencionales, que pruebe a vivir solo unos días, pero que siempre puede venir sin más; pero mi voz no es convincente, me denuncia; me da pena, mis palabras no tienen la carga del convencimiento.

Me pesa como una losa que mi pensamiento último, después de todas estas consideraciones, sea que no quiera tener a mi padre en casa. Mientras tanto él mira entre la ropa a ver qué se lleva o qué no, se para, contesta a mis preguntas, ensimismado en su lucha con los fantasmas que lo acosan.

Nos levantamos, mi padre está ya preparado para partir; Victoria le trae comida de la despensa, entonces vuelve a sacar lo que metió en el macuto para hacer sitio a la comida, lo va introduciendo todo de nuevo según lo va tomando, como quien no puede prestar excesiva atención a lo que hace; junto a las latas de comida había mudas, la afeitadora, una radio, algunas novelas del oeste, sopas de letra, un par de gafas. Parece que se fuera a alguna guerra lejana de la que existiera la probabilidad de no regresar sano y salvo. Le llevamos hasta la parada del autobús. Su relación con Victoria se ha hecho irreversible, ella también le dice que vuelva cuando quiera, le da un beso, le vemos cruzar la carretera agachado, mirando a uno y a otro lado sin ver, con los ojos húmedos a punto de venirle las lágrimas justo en el momento que decía adiós con la mano junto a la parada del autobús, desde el otro lado de la carretera.

No puedo quitarme de encima durante toda la mañana la imagen de mi padre, viejo y desvalido, cruzando la calzada con el morral a cuestas. Dudo ya de todo, encuentro que ha habido mucha incontinen-

cia emocional y verbal en mis palabras desde la discusión que tuvimos a principio de mes. Me he sentido demasiado relevante a veces, me digo, ese ridículo hay que organizarse del primer día de hospital, como quien dice zafarrancho de combate. Si pienso en el asunto de mi padre reconozco en seguida mi mediocridad, es como si no fuera capaz de admitir que las cosas son mucho más complejas; mi simplicidad me abruma. En la prensa aparecen continuas imágenes de la emigración de los tutsis a través de las fronteras del Zaire; recorté una fotografía de un niño tutsi que había perdido a sus padres y la coloqué sobre mi mesa de trabajo. Su mirada angustiada, llena de miedo e impotencia, se cruza con mis reflexiones anteriores. Podría hacer las paces con mi padre; pero no, el despecho y la violencia aquella han roto algo esencial entre nosotros dos.

Desde que comenzó la enfermedad de mi madre mis hábitos cotidianos han cambiado notablemente, ahora caigo en que desde noviembre no he vuelto a sentarme a trabajar o leer en el rincón donde solía permanecer la mayor parte de mi tiempo libre, un cubículo lleno de libros, nueve metros cuadrados anexados a la casa, con dos grandes ventanas al campo. Es lugar aislado, ideal para trabajar y contemplar todas las tardes del año el crepúsculo; una elegante higuera ocupa el frente de unas de las ventanas, su presencia ha acompañado continuamente mis traba-

jos de los últimos años. Todos esos hábitos han desaparecido con la enfermedad de mi madre; un día intenté volver a aquella habitación pero descubrí que me encontraba demasiado solo allá abajo, ahora leía mucho más a gusto en la biblioteca, en compañía del resto de la familia: necesitaba la presencia de Victoria y la de mis hijos, encontraba como si la presencia de ellos calmara mi ansiedad, el miedo a lo desconocido, la incertidumbre de los horrores que el cáncer de mi madre podrían traer. Y volvía a lo de siempre, a mi padre, lo que sería para él marcharse, la casa vacía, el silencio, el rastro de la compañía buscado en el recuerdo de los hábitos de la esposa desaparecida. Junto a estos razonamientos retomábamos también un proyecto reciente, aspirábamos a profundizar en esa ruptura que adivinábamos tras la muerte de mi madre, barajábamos la posibilidad de dejar el trabajo durante medio año cuando muriera mi madre; viajar, cambiar de vida, ahondar en otras perspectivas; una idea que nacía, quizás, de la necesidad de penetrar el significado de la propia existencia lejos de las circunstancias comunes, pero que dejaba en la estacada asuntos sin resolver, el menor de los cuales no era el de mi padre.

A las doce de la mañana había nuevas noticias, mi hermana me llama al trabajo, el neumólogo ha dado de alta a mi madre, me dice que ellos se encargan de llevarla a casa. Cuando llegamos a casa, encontramos instalada a mi madre en la biblioteca.

Por las ventanas entra un sol de invierno acogedor, la casa es una pequeña fiesta, mi madre está contenta, sólo ha necesitado unos minutos para ponerse a la tarea del punto. Tejer la motiva, da sentido otra vez a su vida; ahora es una bufanda, pero podría ser cualquier cosa, lo importante es que tenga un trabajo que hacer. Nos da un beso cuando llegamos, pero apenas nos hace caso, le basta con estar allí haciendo su calceta y oyéndonos discutir sobre lo que ha dicho el médico. Ya casi ha terminado la espalda del jersey; de vez en cuando alza la labor con las dos manos, se retira como lo haría un pintor para adquirir una visión de conjunto de su obra, y hace después un gesto de circunspección. Le digo: ¿qué tal va?, y ella se encoge de hombros, frunce los labios, arquea las cejas. Todo eso significa: ¡vaya...! puede pasar. Mi padre ha olvidado de un golpe toda la pesadumbre de ayer noche y hoy por la mañana, el fantasma de la soledad ha postergado su aparición hasta fecha indeterminada, vuelve a estar parlanchín; se ofrece incluso a hacer el café cuando han terminado de comer.

Febrero

Las cosas vuelven a estar en su sitio. Ahora regreso a mi cabaña, busco un rincón para reflexionar, los temas de siempre me asedian. Se me pasa por la cabeza volver a escribir. Hace medio año que terminé mi tercera novela, el protagonista tenía 52 años y se pasa doscientas páginas luchando contra el tiempo y el desencanto de la edad que arrasa su madurez. El de la primera era sin embargo un ser escéptico que revivía un mundo rebotante de recuerdos nostálgicos, un hombre que amaba a las mujeres desde una timidez tozuda y persistente. Este ser nostálgico termina en un derrotista sin remedio en la segunda novela, el mundo se derrumba bajo sus pies cuando descubre que ese fondo sin fondo que es la vida, no puede soportarlo más que en compañía. En esta perspectiva narrativa el personaje real de hoy,

yo mismo, es un personaje que mira atónito el presente, que se interroga desconcertado por el futuro y esa dimensión del tiempo a la que no logra habituarse. Su pensamiento está aferrado a la realidad inmediata: mi madre, a quien el tiempo ya se le acabó y sólo le queda la incertidumbre de saber cómo será ese final; mi padre, que se hizo viejo, chocho y avaro, mi padre que tendrá que recorrer el espacio hasta el final de su tiempo enquistado en la conciencia confusa de un mal hijo porque éste no tuvo coraje para perdonar.

Parece como si fuera ayer mismo que hubiera imaginado aquella primera historia, *Las hojas se volverán ásperas* se llama, aquel Ernesto Sáscori que tanto se parecía a mí mismo en el trabajo de rescatar del pasado los recuerdos entrañables, ocupado en extraer las anécdotas de una vida, en recuperar el eco del fragor de la tormenta en la montaña, el temblor del primer beso; y sin embargo han transcurrido cinco años. Aún tengo ahí enfrente las ramas desnudas de la misma higuera de entonces, de ella no pude desprenderme en ninguna de las tres novelas, aparecía apegada a las páginas como si la vista permanente de ese espectro de brazos extendidos frente a mi mesa de trabajo actuase a modo de catalizador y pidiera ser admitido de tanto en tanto en la trama de la narración. Era el caso de *El último invierno*, un día también en la vida de un hombre de mi edad, fue entonces el desasosiego de la espera, una espera angus-

tiosa a lo largo de doscientas y pico páginas que termina con la irresistible tentación del vacío cuando la soledad se hace insoportable. Soledad imaginada y condimentada frente a la higuera de siempre, ese rincón al que vuelvo esta tarde en busca de orden. El orden que intenté recomponer en mi última narración, la edad madura por delante, la necesidad de un ruptura con el pasado, la urgencia de profundizar en el significado de la vida, la vejez, los hijos.

Siempre parecí dispuesto a tener una lucha permanente contra los elementos de cualquier orden que se cruzaran en mi camino, nada podía permanecer en la paz de lo que es, todo debía ser interpretado y comprendido desde mi particular manera de ver la realidad. No sólo ya eran las relaciones laborales que se resentían de un individualismo que tropezaba a cada momento con los otros compañeros de trabajo, también la relación con mis hijos se llenaba a veces de conflictos. Y quizás por ello no fue gratuito mi empeño de incluirles en mis textos bajo distintas apariencias, era una manera de expresar mis expectativas del momento, un modo de recordar, de profundizar también en su conocimiento. Los tres pasaron, tras distintas vicisitudes y transformaciones, por los tres textos como trasuntos de personajes diversos; y otro tanto sucedió a Victoria, a mi hermana, a mis amigos más cercanos.

Lucía ha pasado por ser Natia en *El último Invierno*, pero es, sin embargo Guillermo en su dis-

tanciamiento, en ese estar encerrado en sí mismo, cuando el protagonista, yo mismo, se asoma a los abismos de granito que se abren bajando alguna cumbre del Pirineo y piensa de alguna extraña manera en terminar sus días allí mientras mira caminar, muy abajo por una vereda empinada, a Victoria y a su hija Natia. Desde lo alto de aquel abismo asomaba por primera vez en mí la sospecha de una vejez poco llevadera... Y miraba a mi hijo/a allá abajo, caminando en la lejanía, y mi corazón se partía en pedazos sin saber muy bien por qué. Lucía se caracterizaba también como una hija emancipada en *Hola Teresa*. Mario, sin embargo, fue casi protagonista, sin quererlo, en *Las hojas se volverán ásperas*, sus dificultades para nacer y vivir sus primeros meses marcaron una etapa importante en la historia familiar; en las últimas páginas tiene doce o trece años, es ya un personaje apasionado por todos los temas de la naturaleza; en *El último invierno*, con dos o tres años más, en un alarde de autoafirmación se enfrenta a su padre y deja en éste una huella difícil de borrar.

Guillermo siempre se escurrió de las páginas que escribí, es un personaje difícil al que aún no he sabido coger el pulso, todavía confío en que algún día pueda someterlo a mi voluntad de escribir, en algún sitio tendré que decir que siendo mi hijo un gran lector de novelas todavía éste no había consentido en leer las de su padre, un hecho curioso del que esperaba yo conseguir en su momento la explicación. Y

qué decir de Victoria, sucesivamente Cristina, Victoria... compañera, paciente esposa del novelista en ciernes, corifea, correctora y áuspice del trabajo narrativo en que me entretengo desde hace años, y por ende coprotagonista agente y paciente de todos mis devaneos literarios y viajeros. De amigos y familiares se puede decir lo mismo, todos ellos son tributarios de mi escritura. De entre ellos mis suegros siempre fueron los que llevaron la peor parte, no faltaron en cada ocasión párrafos que quisieran subrayar mis diferencias con ellos. Las referencias a mis propios padres tenían relación con los recuerdos de infancia y juventud, pero sólo servían para acompañar unos pocos recuerdos personales; quizás a última hora me referí a ellos narrando cómo uno y otro se hacían la vida imposible convirtiendo los días de vejez en lugar de desavenencia permanente. El genio de mi madre, su carácter fuerte y autoritario se daban la mano con el espíritu débil y caprichoso de mi padre. El caso de mi hermana era confuso, en cierta ocasión en que pasaron por dificultades económicas ella y su marido vivieron unos meses con nosotros; cuando quise rememorar aquellos días sólo lograba rozar la realidad, nunca supe qué sucedió entre nosotros, logré cerrar dos largos párrafos de manera tal que era imposible determinar la calidad de lo que allí pasaba, lo narrado quedó encerrado para siempre entre las rejillas de las medias palabras, sensaciones sugeridas, o ambigüedad imposible de interpretar. Pero quedó

bien, lo leí varias veces antes de pasarlo a limpio, me gustaba. El capítulo lo cerré en el final de una tarde de siesta con un cielo que amenazaba lluvia.

No hay nada nuevo en lo que veo a través de la ventana, pero esta tarde, la novedad del regreso a aquel lugar, mi disposición después de la vuelta del hospital de mi madre, me invitan, como en otro tiempo, a buscar un bolígrafo y unos. Hace medio año que dejé de escribir, es como si con *Hola Teresa* se me hubiera evaporado el gusto por la escritura. A principio de mes, una noche mis hijos me llamaron porque en la televisión iban a retransmitir la entrega de los premios Nadal y mi novela era una de las trescientas y pico que concurrían al premio. Habían dado mis novelas tantas vueltas ya por la editoriales, y concurrido a tantos premios, que me dije que ése era el último dinero que gastaba en fotocopias, si volvía a escribir sería para mi propio colete. Cuando el presidente del jurado leyó el nombre de los premiados sólo experimenté una ligera sensación de escepticismo.

He colocado unos folios frente a mí, miro al horizonte, pero de pronto recuerdo que hace meses que empecé a revisar *Las hojas se volverán ásperas*, la copia debe de estar en algún rincón de la habitación. No tardo en encontrarla, doscientos DIN A4 encuadernados a canutillo con tapas transparentes de plástico. El resto de la tarde se me va en recuperar el hilo de la revisión de la novela, hojeando algunas

páginas me pregunto si una parte importante del problema de mis hijos no será yo mismo. Después paso adelante, atravieso los pasajes de la Lombardía, pienso en dejar la corrección para más adelante pero me retiene un capítulo que me gusta especialmente, habla del campo, de una noche en Bilbao, del camino por los llanos de Castilla, también de una mañana de pereza donde se hacen algunas reflexiones sobre los deseos y las penas, sobre los sueños vacíos; quedan atrás dos estólidos guardia civiles sobre un alto de la provincia de León. Leyendo vuelvo a entrever dos realidades, la del libro que leo, yo mismo antes, esa parte de mi yo que vive acompañada por la naturaleza y sus fenómenos, por los recuerdos; y luego, la otra, la de ahora, la que empiezo a reconocer como mía desde no hace mucho, desde que los años han empezado a acumularse con su carga ineludible, ese que no puede seguir permanentemente viviendo del pasado y que tendrá que alzarse desde la muerte de la madre y la emancipación de los hijos hacia otra plenitud entrevista. Eso me digo, intentando romper mi escepticismo, mi temor, mi miedo al futuro.

Con el crepúsculo llegan de nuevo los problemas inmediatos, la atmósfera vuelve a cargarse con el pensamiento de la enfermedad y la muerte, en cuanto me descuido vuelve a acecharme el éxtasis de la soledad y el silencio, y esa reiterada necesidad de arrinconarme junto a la ventana a ver llover y a esperar la noche. He oído a lo lejos la voz de mi padre

pidiendo a voces una herramienta que no encuentra, mi madre ya habrá merendado y ahora la habrán puesto un rato frente al televisor. Y ella, que no dirá nada porque se ha vuelto dócil como un gatito, mirará la pantalla llena de cosas incomprensibles. Después yo subiré y, dando por terminada mi reclusión de la tarde, le preguntaré: ¿que tal? y ella alzará los hombros, apretará los labios ladeando la cabeza a la izquierda, enarcará ligeramente las cejas y dirá: ¡vaya! Y eso será todo; ahora a esperar, a esperar a ver qué pasa mañana, pasado mañana. Me pregunto si no será el dolor parte substancial del ser, un atributo de vida, y si no estaremos tan acostumbrados, mal acostumbrados, a la plácida cotidianeidad, de parecernos fuera de lugar todo esto que nos atropella o nos violenta por dentro.

Los ladridos son persistentes, a veces casi agónicos, otras suenan como parte de un juego de persecución. Hay un rato de silencio pero en seguida el silencio vuelve a llenarse con el trajín de los perros. Algunas noches rondan junto a la valla, siempre en los periodos de celo de Katia; ahora hace días que visita los alrededores un mastín color canela de una finca cercana, es un enorme perro de aspecto bonachón y manso, el celo de la perra le ha hecho muy atrevido, las noches pasadas le oí vapulear la cancela

en algún momento. Imagino que a la larga terminará encontrando el modo de saltar la valla, si es que no lo ha hecho ya esta misma noche. Los ladridos me parecen venir desde lugares distintos pero siempre muy cercanos. Hasta la casa sólo llegan los ruidos que puedan producir los animales, muy raramente se escucha el ronroneo de un motor por la noche. Suele haber un silencio proverbial en la casa a esta hora, de ahí que no pueda dormir esta noche. Ha sido un día muy largo, desvelado vuelvo a recordar la imagen de mi padre metiendo sus enseres en un macuto, querría saber qué piensan mis hijos de todo esto, cómo perciben la relación mía con mi padre. El tema de la muerte me obsesiona, después de estos meses la muerte no será la misma cosa abstracta que anda agazapada en el subconsciente, empiezo a habituarme a ella, todavía son unos ojos que brillan en la lejana oscuridad, pero su aspecto es especialmente amable. Tras la aparente paz de espíritu que ha encontrado mi madre después de dos meses de enfermedad percibo la otra cara de la moneda, el descanso. Vivir cansa, recuerdo a mi suegro en los últimos meses de vida, ¡qué aspecto de cansancio el suyo!. Los días amontonándose unos sobre otros sin pena ni gloria, quedarse ahí quieto oyendo la brisa en las hojas, el rumor de un avión que atraviesa el campo, recordar unas pocas cosas, unos pocos amores, e ir durmiéndose de la misma manera perezosa en que a uno se le aflojan los músculos en la tórrida hora de la

siesta, intuyendo que el sueño está ahí mismo, que ni siquiera ya uno está despierto, así; vivir cansa. La hora de la noche llena de ladridos, llena de insomnio, está ahí penetrando la vigilia con los sueños de la razón. Escruto, escucho lo que me llega de este desierto nocturno, sólo para mi existen estas cosas, hoy, ahora, abalanzándose como mosquitos hambrientos sobre mi piel desnuda. Al fin tomo la determinación de ver qué pasa con los perros, me levanto, salgo al jardín,

—¡Katia! —llamo, y la perra viene juguetera meneando el rabo desde el otro lado de la casa. La acaricio y salta a mi alrededor jugando como un cachorro.

Al otro lado, en medio del porche, el mastín color canela me mira con cara de curiosidad desde su corpachón inmenso. Me pregunto por donde coño habrá podido pasar la valla, no me parece verosímil que haya saltado el metro y medio de alambrada que rodea la parcela. Su aspecto bondadoso y pacífico hace imposible que me indisponga contra él, pero tampoco puedo dejarle dentro, no queremos que Katia se quede preñada; así que tomo una cuerda, le ato, me lo llevo fuera y le amarro a un poste de la luz cercano con la intención de que no vuelva a colarse en la parcela. Mañana ya decidiré qué hacer con él. Me vuelvo a la cama, son las tres de la mañana. No tardo en oír ladrar al mastín, está claro que no le gusta que le aten. Como he previsto esto, antes ya pasé por el

cuarto de baño a buscar unos tapones de cera, me los coloco e intento conciliar el sueño. Pasa media, quizás una hora, y los ladridos, lejos de parar arrecian, se vuelve más lastimeros y violentos, los tapones sólo amortiguan parcialmente estos quejidos insistentes. Es curioso que nadie en la casa parezca oír a los perros, me admira la placidez del sueño de Victoria. A las cuatro y media me levanto, me visto, tomo el abrigo y salgo al campo, al mastín no le queda ni medio palmo de cuerda libre, las tantas vueltas que ha dado alrededor del poste ha embrollado la cuerda y es difícil de desatar. Mientras le desato me mira con aire de complicidad, como si hubiera encontrado un amigo en medio de la noche. Decido que como el sueño se me ha evaporado mejor darse un paseo con el mastín. Lo llevo de la cuerda junto a mí, me sigue dócil y tranquilo. La Vía Láctea cruza el cielo, Marte brilla hacia el sur bajo la constelación de Leo. Este camino es una vez más una metáfora para mí, mis padres subiendo la cuesta, yo encuadrando sus siluetas entre el cambio de rasante y los postes de la luz y el teléfono; ahora también yo, como un lazarillo precedido por su perro, remontando la pista de macadán, abrigado hasta las cejas porque el frío es de rigor. El mismo camino repetido a diario durante años no había perdido un ápice del interés para mí, en lo que he escrito he dedicado muchos párrafos a este tramo de apenas dos kilómetros; una madrugada de niebla, el protagonista luchando por imponer su vo-

luntad a su pereza, una cabalgata espectacular donde más allá de su cuerpo era imposible ver nada; también varios párrafos al final de una tarde, el paseo vespertino cuando el personaje principal está a punto de descubrir que la muerte es lo único que le quedaba a esas alturas. He abusado, lo sé, en mi escritura, igual que abusé de la imagen de la higuera y de otras constantes, del paisaje de mi casa, de la capacidad sugeridora de ese sendero que ahora recorría, el espacio en donde me movía habitualmente había tenido una importancia no pequeña, tanto para mi propia vida como para lo que escribía; de ahí la calidad metafórica del camino, de la noche, de lo que sucedía en esta hora de insomnio. Recordaba aquella sugerencia de Sofía, cuando leyó alguna de mis novelas, de que en una narración tiene que haber hechos, y hoy, pensando en esto, aún con la sensación encima de que estaban pasado demasiadas cosas, no habría sido capaz, influenciado por la idea de que son los hechos los que determinan la tensión narrativa, de sostener sobre el papel este instante. Pero no era el caso, bajo la mirada de Marte, en este llano silencioso y negro, el hilo de los sucesos parecía atravesar la cueva del Minotauro; ni cantos de sirenas, ni bramar de tormentas, algo más prosaico me ocupaba: mi madre, mi padre, mis hijos, la muerte, el para qué esto, ese vivir cansa que despierta la desgana y el desánimo.

Cuando llegué al alto liberé al mastín de la cuerda, el perro salió trotando camino adelante; pero en seguida volvió y se colocó a mi lado, no tenía mayor interés en disfrutar de su libertad recobrada. La sombra del olivar sobresalía sobre el campo yermo, unas pocas luces se levantaban poco antes del horizonte. Llegué a un cruce de caminos, me detuve a mirar el perfil de la sierra hacia el norte y di la vuelta, el frío era demasiado intenso para permanecer allí en puro estado contemplativo, me sentía embotado y cansado por aquella larga vigilia. Bajando hacia casa decidí que no molestaría más al mastín, allá él si volvía a entrar en la parcela, ya veríamos más adelante qué hacíamos con los cachorros.

Era un hermoso azul dentro del sueño, al final de la noche; frente al ventanal del autobús estaba el mar también azul; me dolían los huesos. Creí que aquellos días había escrito algo, era en la costa del mar Negro, hice intención de pensar en donde podrían estar aquellos papeles pero no tuve ánimo suficiente, quizás algún día aparezcan, pensé. El azul era pesado, gris, había unas pocas barcas meciéndose en algún rincón del paisaje. Definitivamente no tenía ganas de viajar, me había subido en aquel autobús mecánicamente, porque había que avanzar, seguir adelante, penetrar en Georgia, bajar a Armenia, recorrer los alrededores del Ararat. Ahora me dolían todos los huesos, la noche concluía, pero yo quería seguir amarrado al sueño. Nada de pueblos ni de aldeas

de pescadores, ni de fotografías, ni placer de alejarse. La costa caía precipitadamente sobre el mar, la carretera cruzaba enormes ríos que dejaban una extensa mancha marrón en forma de arco sobre la superficie plomiza del mar.

Luego otro día había un prado....

Había un prado junto a la cuneta y en medio del prado un edificio de mármol que primero me pareció una capilla y luego resultó algo así como una alegoría sobre la justicia. Estaba tremendamente cansado y me tumbé sobre un asiento de madera junto a la carretera. Dormí hasta el atardecer, era agradable despertarse con el tránsito de los automóviles. Luego volví a dormirme como un niño, la fachada blanca del edificio se interponía a ratos entre mi sueño y la realidad, sobre dos grandes ventanas de aspecto neoclásico habían esculpido tres inscripciones latinas. Una de las veces que desperté traté de traducirlas, pero debí de dormirme antes de averiguar su significado. Habíamos caminado muchas horas el día anterior, visitamos las montañas del grupo de Brenta, a lo lejos se veía la Presanella y más lejos aún el Adameillo, pálido, a punto de desaparecer entre las nubes que subían de la Val di Génova hacia la Vedretta del Mandrone. Me dolían los músculos. Miraba moverse encima las hojas de un plátano y experimentaba una mórbida sensación de paz.

A la mañana siguiente el mastín fue el primero en venir a saludarme, correteaba feliz por la parcela.

Horas de no sé qué hacer. Miro a mi alrededor con escepticismo. Repaso la lista de las tareas del día, nada significativo ni medianamente apasionante, una mañana de sol como la de ayer domingo me parece la mejor aspiración posible, eso y que mi madre esté contenta, que no sufra. Me encuentro algo lacio pero bien, casi demasiado bien para una noche de insomnio como la pasada. El panorama a mi alrededor tiene la tónica amable de los días sin pena ni gloria, baratija, cosa pequeña, sin importancia, agradable. El campo mojado y apacible de después de una tormenta, ¿qué importa que Katia quede preñada y el perro del vecino se nos cuele todas las noches en casa, qué importancia tienen esos pequeños sucesos que me traen de cabeza a veces? Mi padre también está bien. Mi lectura es liviana, todo lo que hago es ligero. Fugazmente me viene la idea de volver a leer diarios, no es extraño que me sorprenda a mí mismo pensando en cómo deberé vivir de ahora en adelante. Extraña idea esa de qué deberé hacer de la mañana a la noche, en los largos veranos, en determinadas circunstancias, qué hacer con la inteligencia. En cierto modo son mis hábitos los que deciden autónomamente por mí en muchas ocasiones, nosotros apenas decidimos unas pocas cosas, las circunstancias y la

costumbre gobiernan despóticamente el presente. Es como si uno no atinara en cierto momento a saber cómo tiene que vivir, qué hacer.

Transcurrieron dos semanas; mover la cabeza, fruncir los labios, subir y bajar los hombros, eso y unas pocas palabras fabricadas con gran esfuerzo son casi todo su bagaje comunicativo. Volví a tomar alguna fotografía de mi madre. En las últimas se divierte durante la cena dándole de comer a la perra de su plato, y Katia, que jamás vio cosa similar en la casa, se pone loca de contenta y se precipita excitada por encima de nosotros. Es una fiesta la alegría de la abuela jugando con Katia, que salta sobre ella y le lame la cara en agradecimiento por las lonchas de jamón york que la ella le lanza al aire. Día a día sus reacciones son cada vez más las de una niña pequeña. Miro las diapositivas, preguntarse sobre lo que puede pasar por su cabeza es como intentar saber qué hay dentro del cerebro de un niño de dos o tres años; su actividad aparente no difiere mucho de lo que haría una niña absorbida por pequeñas actividades o juegos solitarios, indiferente todo el día a su entorno, ensimismada en un mundo lejano y desconocido para el adulto. Aunque no siempre es así, a veces su seriedad raya en el dramatismo, entonces sus nietos son los únicos capaces de hacerla sonreír con sus bromas; sale entonces penosamente de su ostracismo, y es como si tuviera que pensar que cara debe

poner para estar en consonancia con las bromas de ellos. Pero se cansa en seguida y termina por hacer un gesto inequívoco con la mano, algo así como si espantara las moscas del plato de sopa, se acabó, sólo quiere ya que la dejen en paz.

Cuando no hay viento la sacamos por la tarde a la fachada oeste a tomar el sol, le llevamos la radio y se queda ahí contemplando el paisaje y oyendo Radio Olé hasta que empieza a hacer frío. Lleva un viejo sombrero azul de tela que se compró Victoria en uno de los primeros viajes a las Dolomitas italianas. Juego con ella, le buscó los ojos por debajo del ala del sombrero, ella sale de su seriedad y pone la mejor cara que tiene, esa cara de convaleciente que ha asumido su postración, y mira sin pestañear recostada la cabeza sobre una almohada, la nariz chatilla, la cara redonda, los ojos siempre algo llorosos desde que la operaron de cataratas. Aquí estoy, dice su expresión. Miro la copia que tengo sobre la mesa, después cierro los ojos e intento reproducir en la oscuridad la imagen de mi madre; al principio sus facciones se me resisten, pienso en otras épocas, me distraigo con aquellas otras fotografías de cuando yo era pequeño y mi madre estaba muy delgada; ambas imágenes se superponen, y lo que cabe entre una y otra son treinta o cuarenta años, y mi madre tiene ahora setenta y cuatro, un intervalo que reúne casi los años de mi propia vida; después se puso más gruesa y pasó a ser la Gorda, Gorda por aquí, Gorda

por allá. Casi siempre las relaciones una pura broma porque para seriedad ya habían consumido bastante a lo largo de la vida; coño, siempre riñas a diestro y siniestro, mira qué suerte la suya.

Del todo no puede decirse de alguien que se cavó su propia suerte, la vida da muchas vueltas y uno no sabe muy bien qué pensar, si realmente uno se cava su propia suerte o si es la vida la que nos hunde en el barro. Creo que me sobran ya años para comprender la verdad de esta afirmación, tuve suertes distintas pero hay muchas de ellas que no sé de donde han salido; mi sorpresa es mayúscula cuando encuentro, por ejemplo, que mi hija Lucía suelta una abultada grosería periódicamente cuando estamos los cinco sentados a la mesa; seguro que a mí no me compite responsabilidad en ello, creo, pero ahí está, y no con toda probabilidad surgido por generación espontánea. Será que todos pensamos que somos mucho mejores de lo que realmente somos. La suerte de mi madre fue perruna, ¡qué haya tenido que llegar a esta situación para encontrar unos pocos momentos de felicidad...! Cuando vuelvo a abrir los ojos no reconozco a esa mujer de la diapositiva como mi madre de las últimas décadas, ahora mi madre es substancialmente otra, perdió el orgullo y la tiesura de su carácter, es más mía, se deja cuidar, vive para el instante presente, ríe o está seria de verdad, ya no tiene necesidad de fingir, su mundo es una silla de ruedas y la compañía de sus hijos y nietos.

En el mismo carrito hay un par de retratos de Victoria, también el tiempo pone aquí su interrogante, no reconozco mi propio pasado con fidelidad; su rostro, el de mi esposa, a veces son vagos conceptos que sólo acreditan su existencia bajo el imperativo de la presencia física, las imágenes son ambiguas, irreales. No sé, quizás esos retratos hoy no hacen otra cosa que enfatizar la extrañeza que me produce todo lo que me rodea. La vida misma es extraña, algo inaprehensible de naturaleza sumamente escurridiza.

Pero apenas fueron unos pocos días más así... La sensación de aislamiento se agudizó y no tardó en perder aún más el sentido de la realidad. Se queja, después de las comidas se niega a tomar las medicinas; cuando le preguntamos por qué no quiere tomar las medicinas sólo levanta los hombros y nos mira con cara apenada. Jo, qué duro es esto, entre su mirada y la nuestra sólo cabe el silencio. La última noche no hay broma que la anime. Ni el desfile por su habitación de toda la familia para darle las buenas noches logra contentarla, le duele la pierna derecha. No, nada de bromas. Esa noche la hora del café parece un entierro, la abuela se aleja un paso más de todos nosotros. La distancia aumenta, se hace pesada, oscura.

Sobre la piel de la parte anterior de la pierna izquierda le han aparecido unas manchas violáceas. No quiere levantarse, se niega con gestos bruscos, da manotazos a diestro y siniestro cuando intentamos incorporarla para vestirla; al rozarle la pierna chilla, grita, se mueve convulsivamente tratando de evitar que la toquen. En seguida se trata ya de un grito desesperado, como el de un animal que sólo pudiera expresar su dolor con sonidos guturales y movimientos espasmódicos. Todos miramos con asombro este nuevo cambio. El miedo penetra un tanto más en nuestra piel, miramos a mi madre como quien mira un hecho inescrutable y misterioso.

Las dificultades para trasladarla a la ambulancia son enormes, todo su cuerpo reacciona como si fuera una llaga abierta. No es posible utilizar la camilla porque no hay ángulo de giro suficiente en las puertas; hay que sentarla en una silla, y sus piernas rozan inevitablemente con algo, el marco de la puerta, una mano, y vuelve a chillar y a manotear desesperadamente. No hay manera de evitarle estos sufrimientos. Ni siquiera tumbada en el interior de la ambulancia cesan sus muestras de dolor. Victoria trata inútilmente de infundirle confianza y ánimo.

La ambulancia parte y yo me quedo solo con mi padre; mis hijos están en el instituto o en la universidad, mi hermana contestó nos esperaría en el hospital.

Vuelta a la carretera, a la autovía, al tránsito anónimo de la gente ocupada en las obligaciones corrientes de todos los días. Una pizca de enajenación y delirio aletea por el borde de mis pensamientos, en medio de lo que debiera ser sólo tristeza y silencio se mueve calma una desesperanza blanca muy parecida a la nada; soledad, nada, indiferencia al cabo. Y a la vez todo se vuelve sencillo y claro, la complejidad se hace parte esencial de lo simple, se disuelve en el tapizado gris del asfalto, se esfuma. Nada. Al cabo, nada, no temas, sólo un dolor de muelas, después nada, se acabó, como adentrarse en el agua tibia de la playa un día de niebla, un poco más allá nada. Superar el dolor, saltar y ya nada. A eso llaman muerte.

Había una importante infección bajo la piel, el único tratamiento posible eran los antibióticos. Probablemente en unos pocos días se le pasaría, aseguraron los médicos.

Ninguno contábamos con el terrible ostracismo en que se encerraría la abuela a partir de entonces. Viéndola tan cariñosa y tan niña los últimos días nadie hubiera imaginado en ella la capacidad de determinación, de voluntad de hierro que encerraba todavía ese cuerpo maltrecho y desvalido.

La ambulancia la devolvió a casa a última hora de la tarde; venía sedada, hundida en una modorra profunda. Presentaba un aspecto tranquilo y relajado. Salió gritando de casa y regresó dormida.

El día posterior fue el peor de su larga convalecencia. Ya temprano hizo patente su voluntad de no alimentarse ni tomar medicinas. Convirtió toda su comunicación en una negación rotunda, primero se negó a levantarse, se agarraba a las mantas y chillaba como un animal herido.

—Pero mamá, por favor... por favor — insistía yo.

Después no quiso desayunar, cerraba la boca con todas sus fuerzas, se agarraba a cualquier parte para evitar a toda costa que le introdujéramos nada en la boca. Lo hacía con una voluntad y decisión insospechada, todo su cuerpo se ponía en tensión, la energía toda concentrada sobre la boca y sobre las manos. En el momento que pretendimos hacer un esfuerzo algo mayor para obligarla se puso a patallar, se debatía moviendo todo su cuerpo con desesperación, pataleaba, su pierna rozaba entonces las mantas y el chillido se hacía así más salvaje. Cuando la dejamos en paz se agarró al embozo de la sábana y, con los puños prietos, tiró de él hasta colocárselo a la altura de los ojos. Sus párpados estaban cerrados, su expresión era dura y resuelta.

¿Resuelta a qué? ¿Habíamos subestimado su capacidad de autoconciencia? ¿Quién podía asegurar lo que era capaz de pensar o no? Los médicos habían confirmado que su sufrimiento moral no sería relevante, al mismo tiempo que se agravara su enferme-

dad también su grado de conciencia se iría debilitando; no se daría cuenta de lo que le estaba sucediendo, aseguraba el neurólogo. ¿Cómo interpretar entonces este repentino deseo de acabar con aquella situación, esos chillidos simiescos para defender su derecho de aislamiento, esa quietud; como muerta, sumergida en sí misma, como dispuesta ya a dejar de existir por la vía de la inanición?

En toda la mañana sólo consintió en tomar un pequeño sorbo de agua, permanecía quieta, con los ojos cerrados, no dormía. Varios intentos más durante las horas siguientes no sirvieron para nada, tampoco se le pudieron administrar los antibióticos. Era domingo, a media mañana nos acercamos al centro de salud y hablamos durante un largo rato con el médico de urgencia. Los enfermos terminales pasan a veces por crisis de ese tipo, no es de extrañar que se vuelvan agresivos tanto contra sí mismos como contra las personas que le rodean, nos dijo el doctor; luego nos recomendó paciencia y comprensión, nosotros debíamos determinar qué hacer en las horas siguientes; en cualquier caso deberíamos ingresarla en el hospital si la situación se prolongaba al final del día. Nos extendió un volante para la ambulancia, podíamos hacer uso de él cuando lo creyéramos conveniente.

Toda la familia había tratado inútilmente de obligarla a comer, ni siquiera agua logramos que ingiriera, la agresividad de la mañana, los gritos, con-

tinuaron siendo su respuesta a nuestras demandas. Al final de la tarde llamamos a la ambulancia. Introducir la en ella fue una batalla campal, era como luchar con un animal en la plenitud de su fuerza. Al deslizar la camilla en el coche su pierna quedó ligeramente apresada entre el colchón y una barra de metal, los gritos se convirtieron en alaridos, no hubo manera de calmarla. Vi alejarse la ambulancia con una sensación de impotencia imposible de definir.

A las dos de la mañana estábamos de vuelta en casa. La solución esta vez fue instalarle una sonda y mantener una alta dosis de sedante para evitar que se arrancase la sonda si persistía en su actitud agresiva. Era la única manera de que no ofreciera dificultades para alimentarse o para administrarle los medicamentos. A partir de entonces utilizaría pañales permanentemente. Había recobrado la calma pero era como tener solo su cuerpo, permanecía adormecida sin apenas conciencia; cuando era la hora de la comida ésta se reducía a estado semilíquido y la introducíamos, junto con los medicamentos pulverizados, por la sonda. Por la tarde se espabiló un poco, tenía la mirada de quien despierta con la sensación de haber perdido en el sueño la memoria de las últimas semanas; miraba a su alrededor como intentando reconocer los objetos de la habitación, la cama, a nosotros mismos. La cama era nueva, creía reconocerla, era su propia cama. Mientras ella estaba en el hospital trasladamos la cama de mi madre hasta casa, una

de esas que permiten levantar con un motor la cabecera o la parte de los pies. Ahora lo que más le llamaba la atención era la cama. Le explicábamos lo que habíamos hecho, le decíamos que allí iba a estar mucho más cómoda, y ella abría los ojos y movía un poquito los hombros asintiendo. Le debían impresionar todas aquellas transformaciones en la habitación, la sonda, un compresor que bombeaba aire en el colchón. Se estaba muy quieta escuchando a Monse o Victoria, ellas le decían que habría de tener cuidado para no arrancarse la sonda con la mano, porque si no tendrían que volver a llevarla al hospital. Contestaba con un ligero movimiento de cabeza.

Ese día, al darle las buenas noches, fue cuando Victoria le dijo por primera vez aquello de Afriquilla, aquella palabra produjo el milagro de que se le dibujara en el rostro un linda sonrisa de niña pequeña. A partir de ese instante la abuela de los buenos días sería Afriquilla. Levantarse por la mañana y acercarse a darle el beso de buenos días con el qué tal Afriquilla de la nuera era una garantía de buen humor para el resto de la mañana. Ya el susto había pasado, ahora era no olvidar los sedantes y vigilar la sonda para que no fuera arrancada de su sitio.

Después de comer le presentaron a la mujer que iba a cuidarla en los próximos días, se llamaba Maricarmen. Luego se adormiló de nuevo, sólo muy

de vez en cuando abría los ojos. Era de ver la cara de curiosidad que ponía cuando se hicieron los preparativos de la merienda y la cena, miraba intrigadísima la jeringa por donde introducíamos los alimentos, ella levantaba el tubo de la sonda con la mano para facilitar la operación; cuando comprendió lo que sucedía abrió un poco los ojos y subió las cejas haciendo un gesto de asentimiento y admiración. Tras esas operaciones ya puso mucho cuidado con la sonda, cuando la terminamos de preparar para dormir ella misma colocó su extremo por encima de la almohada para que no se liara con el camisón.

Aquella noche disminuimos la cantidad de sedante, la crisis parecía ya lejana y en cualquier modo la sonda aseguraba que se le pudiera alimentar y administrar los medicamentos con regularidad.

Permanezco despierto con los ojos fijos sobre el rectángulo de la ventana. Hace apenas unos días me asustaba la idea de que mi madre se viera inmovilizada en una silla de ruedas, esta noche, unas pocas horas después de aquello, la silla de ruedas se ha convertido en una esperanza inalcanzable, sería extraordinario que pudiera permanecer sentada, me digo. Este repentino cambio de circunstancias ensombrece mi ánimo, recuerdo los días en que me preocupaba que no pudiera trabajar en la labor de punto; sin embargo hoy, viéndola mirar con esos

ojos tan abiertos el espectáculo de ser alimentada por la sonda, mi esperanza renace; recuerdo como una pesadilla los chillidos enajenados del día anterior. Sé que esa esperanza que busco tampoco tendrá, en el mejor de los casos, una duración mayor de unos días.

En un cuento de Isaac Babel un soldado con los intestinos fuera mendiga de otro soldado el favor de que le ayude a dar término a aquella agonía. Este último huye horrorizado ante el espectáculo. Dos de sus compañeros lo encuentran más tarde y lo desprecian porque éste ha sido incapaz de apiadarse de un moribundo que encontró junto a la cuneta de la carretera. La lectura de *Caballería roja* durante estos días me sugiere reflexiones sin respuesta, Babel consigue que sus narraciones más truculentas y terribles sean percibidas como ingrediente usual de la vida cotidiana; nada de aspavientos, nada de juicios preconcebidos sobre la realidad más sobrecogedora, todo transcurre en un plano de forzada normalidad; Babel convierte ese contraste entre la naturalidad que destila la narración y el horror que los hechos narrados producen en el lector, en el protagonista tácito de muchos de sus cuentos. Integrar con sosiego la enfermedad y la muerte en la vida cotidiana era uno de los antiguos ideales presocráticos. ¿Realmente puede llegar a ser trivial esa cercanía del acto de morir?, me pregunto, ¿nada de ese misterio, horror, grandiosidad, miedo? ¿todo tan cotidiano...? ¿Y esa solemnización del momento de la muerte próxima, ese mi-

rarla con recogimiento de iglesia, como quien asiste a un ceremonial que supera toda comprensión, que miro ineluctable, absorbente con el vértigo de quien se asoma al brocal de un pozo? Pero no debería ser trivial la muerte. Son las tres de la madrugada, la luna entra por la ventana, me levanto, orino, retorno a la cama despacio, me vuelvo sobre el lado derecho, me acurruco junto a Victoria, rastreo el comienzo del sueño.

—Nostra mente divertira una humidita continua.

—Da dove chiami?

—Avremo i giorni contati

—Chi sei?

—Rispondi!

Dudo sobre seguir leyendo a Babel o hacer nada. Intento retener el hilo de mis pensamientos, pero se me escapa. Descubro ayer un esfuerzo de Lucía por matizar su actitud ante mi intemperancia; Mario bromea, yo campeo con mediano buen humor la mañana con mi padre y con la mujer que cuida a mi madre. Y no tengo ganas de leer, y no leo. Quiero escribir pero termino repitiendo siempre las mismas cosas.

Mañana de invierno, liviana pereza de hoy. No, no quiero hablar con nadie. Pienso en esos personajes de Babel que van y vienen por la guerra, mi familia, unos pocos libros, unos pocos anhelos que atraviesan por el viento de la tarde. No atino a recordar con exactitud cómo me sentía en el centro de mi vida hace muchos años, aquello no podía ser tan evidente, tan denso como la vida lo es ahora; aquello todo fueron aproximaciones, me digo, hoy sí que de verdad me voy acercando por este paisaje ambiguo, neblinoso, inseguro, incierto, a una verdad más próxima y real. El paisaje, la naturaleza, los pueblos en la lejanía; las relaciones con el mundo —gente, otros no yos—; las disposiciones cambiantes, las expectativas... El tránsito ininterrumpido por mi ánimo de los recuerdos y los pensamientos. Como el agua de un río, esas pajitas que flotando indolentes sobre la superficie deslizante del agua, pasan riberas, campos de trigo, alamedas; la noche un manto mágico sobre las cabezas, las sombras de los árboles rozando las impasibles constelaciones.

Marzo

Ayer pensé en deshacerme de todo esto, apuntes, diarios, cosas así, algo parecido a la fogata sobre la que escribí en *Hola Teresa*. Tenía por la tarde en mi ánimo el recuerdo reciente de mi madre esperando en la silla de ruedas junto a la ambulancia a que terminaran los preparativos para introducirla en la camilla. Ahora era una trombosis en la pierna derecha, justo cuando la infección anterior comenzaba a remitir. Era una imagen especialmente dolorosa; cuando me volví hacia ella las lágrimas le resbalaban por las mejillas. De pronto fue como si todo hubiera enmudecido alrededor, como esos planos a cámara lenta que recortan la secuencia, la alargan o la llenan de silencio hasta saturar la retina con el dramático peso del momento. Así encontré a mi madre, sorprendida en una tristeza animal sin esperanza. De nuevo le esperaba la anónima blancura del hospital,

el día igual a la noche; el calor de la familia alrededor se quebraba una vez más, todo se volvía silencio de tumba, blancura indistinta, duro final. Las lágrimas le bajaban en silencio por la mejilla. Se me rompía el alma viéndola, imaginando la hondura de su pesar. Después seguimos a la ambulancia, fue entonces que todo esto me pareció insignificante y pequeño, casi ridículo, nada podría llegar a la altura de los sentimientos, de las intuiciones, era un ámbito mágico en donde me movía como en el espacio de un sueño. ¡Chata!, le digo, ahora que la tengo a mi lado junto al ventanal de la biblioteca, ¿te duele? y me mira con un gesto de dolor. Ese espacio, que duró ayer medio día, ya no existe, ahora está otra vez en casa. Nos negamos a que fuera internada una vez más en el hospital, nos dieron un tratamiento alternativo, aprendí a inyectarle la Heparina. El peligro de que el trombo se desprendiera y llegara a los pulmones nos iba a mantener en ascuas durante unos días, pero no había otra alternativa. El tiempo de tratamiento en el hospital habría sobrepasado su esperanza de vida . Ahora dormitaba en la silla de ruedas con la pierna en alto.

Es doce de marzo. Lleva dos días dormida, ya no responde a ningún estímulo externo, no oye, no ve, tampoco siente el dolor, duerme ininterrumpidamente alejada de este mundo. Fue ayer por la mañana que no abrió los ojos, la vapuleé durante un ra-

to, despierta, le decía, luego puse la música lo más alto que daba el amplificador, vibraban los cristales de toda la casa, nada. Después grité en sus oídos: ¡mamá! ¡mamá!. Se me formó un nudo en la garganta, grité hasta que se me saltaron las lágrimas; no me oía, su rostro era imperturbable, no mostraba sentimiento alguno. La levantamos y, después de lavarla, la pusimos sobre la silla de ruedas y le dimos de desayunar. Permaneció impasible, recostada la cabeza en un artilugio que le fabricamos en seguida para hacerle cómoda la postura. Los alimentos los ingería con mucha dificultad, con paciencia conseguimos que comiera algún alimento que pasábamos por la trituradora. Todo siguió igual durante día y medio, pero en la tarde del segundo día su respiración experimentó un brusco aceleramiento, le tomé las pulsaciones, su corazón bombeaba a una velocidad tremenda, sus pulmones trabajaban como una bomba a punto de romperse. No sabíamos qué hacer, su pecho subía y bajaba con celeridad pero sin que su rostro se alterara lo más mínimo. Llamé al doctor por teléfono, sólo me dijo buenas palabras, no se podía hacer nada, esperar, esperar. Después de quince minutos su respiración volvió a la normalidad. La acostamos pronto, estaba muy dócil, parecía vivir dentro de un sueño reparador.

Aquella tarde volvimos a discutir el asunto de las medicinas, el sentido que tenía ingerir aquella extensa cantidad de medicamentos que tomaba a dia-

rio. Nos lo habíamos preguntado frecuentemente durante los tres últimos meses. Ahora, ayer, que las pulsaciones le subieron por encima de las ciento veinte, nuestro acostumbrado paseo fue otra vez un espacio de difíciles interrogantes: ¿le retiraríamos las medicinas? ¿sí? ¿no? ¿Deberíamos mantener toda aquella medicación después de dos días de coma? No queríamos ningún medicamento que prolongara su vida en esa situación, mi madre necesitaba morir sin necesidad de arrastrarse por un número innecesario de miserias. ¿Qué hacer con el Fortecortín, con la Heparina, que yo mismo le inyectaba y que ponía su organismo alerta contra la eventualidad de una trombosis, que prevenía una posible embolia pulmonar después de la formación del trombo en la pierna? ¿El medicamento contra los posibles ataques epilépticos? Los diversos antibióticos, los analgésicos, los inhaladores que apenas podían administrarse ya porque su respiración era tan débil que no lográbamos distinguir las expiraciones de las inspiraciones al aplicarlos. ¿Cómo repercutiría en su organismo la retirada de los medicamentos? No podríamos decirle nada a mi padre, refugiado en la apariencia de un sentimentalismo imbécil y mentiroso. La mentira de las convenciones estaban más arraigada en nosotros de lo que esperábamos (¿donde quedaban aquellos pensamientos del principio cuando me planteaba el tema del dolor con todo su dramatismo y pensaba en lejanos países para el destino último de mi madre?) De-

bería dormirse hoy, mañana, y no despertar, decíamos mientras hacíamos el camino de regreso a casa. Paseábamos al atardecer por el camino alto del olivar, el viento soplaba del norte y había en el horizonte un fondo de nubes azules fragmentadas y altas. La sierra estaba ocupada por una pesada franja grisácea.

Los últimos días no pude escribir. Sólo decir que al final todo se precipitó. Una mañana no despertó, todo era igual que siempre, pero ya no abrió los ojos, no oía, cuando le acercábamos la comida a la boca comía mecánicamente, igual que un recién nacido succiona instintivamente del pecho de su madre. No había violencia alguna en su porte, la sacábamos al sol, la hablábamos, nada, su vida era una vida vegetal. Ya sólo permanecía unas pocas horas en la silla de ruedas, su cansancio era extremo.

Miro uno de los últimos retratos de mi madre. Era mi madre. Enfermó hace unos meses, diecisiete semanas de vida dijeron. Murió la pasada semana después de un largo historial de hospitales y de unos apasionados meses en los que la vida se fue extinguiendo día a día en medio de risas, besos y largos periodos de decaimiento y desolación.

Mi madre, gordita, asmática, dominadora de mi padre. Recuerdo hoy largos periodos de mi infancia junto a ella, no demasiados momentos de alegría,

cuando un día me contaba, ya en los sesenta, la ilusión con la que había esperado vestir determinado traje y un enorme sombrero de paja allá, poco después de terminar la guerra. Siempre me acordé de este detalle, lo contó una tarde en que estaba especialmente comunicativa, sentados en medio del blanco de la cocina mi padre volvía a relatar también aquello del jabón, de cuando lo fabricaban con aceite que recogía de los restaurantes, la sosa, el contrabando, esas historias que tantas veces relató. Pero los recuerdos fluían aquella tarde mejor del lado de mi madre, la ilusión de entonces, de sus veinte años, chispeaba en sus ojos con una gracia nueva, desconocida en ella. Modista, modistilla de entonces, la única hembra de una familia numerosa, coqueta, sabedora de su encanto físico, encerrada para siempre en sí, con sólo los resquicios suficientes para que las lágrimas abrieran su curso en medio de un instinto a veces casi animal. Encerrada a cal y canto en ella misma, replegada sobre algún agravio desconocido para nosotros. Su inhibición sólo se rompió en los últimos meses; besó entonces como besan los niños. Afriquilla le decía Victoria y ella extendía entonces los morretes hacia adelante para besar nuestra boca desde su cara radiante de alegría. Eso de Afriquilla le llenaba los ojos de felicidad.

Ayer hizo quince días que murió, Lucía oía a Serrat en el cuarto de baño mientras hacía la limpieza, me decía que le gustaba más ahora porque era la música que yo había puesto hacía días, cuando se murió la abuela. Casi había olvidado ese detalle, había olvidado también que Lucía estuviera allí, todos estaban esa noche allí, pero no, no los veo, me veo a mi y a mi madre, después veo a Victoria; durante unos minutos irrumpe mi padre, mi hermana cuando suena la cancela y salgo a decirle que todo está tranquilo, que todo ha ido bien, que mamá no ha sufrido; también me cruzo con mi hermano a las cinco de la madrugada en el camino cuando voy al encuentro del coche de la funeraria. Sin embargo todos ellos apenas aparecen en mi conciencia de esa noche, son sombras hasta el mismo momento de su muerte. Antes soy yo y mi madre, y su estertor, y la sangre obstruyendo los pulmones y la tráquea, y la sangre brotando a borbotones por la boca y la nariz; una sangre viscosa y ocre que se le arrancaba del cuerpo con infinito esfuerzo, abriéndose paso entre ella el último aire que llegaba a sus pulmones. Estamos esperando que mueras, le decía a mi madre, y le pasaba el brazo alrededor del cuello como para que se sintiera acompañada. El sueño y el cansancio me habían vencido sobre las cuatro de la mañana y me había hecho un sitio en la misma cama junto a mi madre; abrazado a ella intenté dormir. Su respiración era muy precipitada, su pecho subía y bajaba como una

máquina que trabajara por encima de su máximo rendimiento. Quería acaparar para mí solo toda esta vida que era la de mi madre y que se extinguía con un dramatismo ajeno a ella misma. No sentía tristeza, ni nerviosismo, esa noche era la culminación de todas las tensiones de cuatro meses. Todo ello se resolvía ahora en la esperada paz de la muerte; había asimilado muchas incertidumbres desde entonces y esto era ya certeza pura. Sucedería en cualquier momento, uno de esos segundos en que su respiración se detenía forcejeando por traspasar la sangre que obstruía los bronquios y la traquea. No puede durar mucho, me decía, ¡tantas horas muriendo!. Era una espera tranquila y amorosa. Me preguntaba por qué habría de dejarla sufrir así; para aliviarme también me decía lo contrario, que no sufría, que su sistema nervioso no transmitían ningún dolor. Evidentemente me contradecía, me argumentaba a mí mismo que si fuera un perro me habría producido tanta piedad que habría terminado con su vida antes del final, sin embargo ella era mi madre y yo no tendría valor más que para acariciarla y hablarla suavemente al oído, estoy aquí madre, marcha en paz ¿Dónde quedaban aquellas vagas ideas de atajar el dolor del cáncer a toda costa si aquél se hiciera intolerable, esa eutanasia imposible?. Respiraba con grandes dificultades, llegué a pensar que debería ayudarla a morir, pero era un cobarde.

En el rincón de la habitación los troncos de roble levantaban una llama acariciadora y acogedora. Desde la cama miraba el fuego subir y bajar, era el fuego ritual de los bosques, de las montañas, de las playas. Siempre me ha gustado contemplar las llamas, cuando tuve una casa fue una de las primeras cosas que tuve en cuenta; alimentar un fuego durante las noches de invierno se ha convertido durante años en una ocupación imprescindible. Ceñir el talle de mi madre y sentirla tan cerca me apaciguaba, nunca había estado tan próxima a ella como en aquellos instantes. La empecé a querer con una ternura muy particular, más cuanto más se separaba ella de las preocupaciones materiales inmediatas que tanto la habían atenazado siempre; todos anduvimos rodeándola de un cariño muy especial durante estas semanas. Ahora agonizaba desde la inconsciencia de su coma. Querría que me hubiera oído, estoy aquí mamá, duerme tranquila, muere en paz madre. ¡Cuánto deseaba que uno de esos estertores paralizara definitivamente su vida! Ya todos en paz, ya una nueva vida, la muerte reparadora.

Después fue, cuando la hubimos arreglado un poco y ordenamos la habitación, que puse esa música de Serrat, también oímos a Lluís Llach, *Viaje a Itaca*, un tema que hacía años no escuchábamos. Era especialmente entrañable oír aquellos temas tranquilos sonando en cada rincón de la casa compartiendo los ecos de la agonía de mi madre.